



2^o

CONCURSO

de Relatos y de Fotografía Digital de EAPN



*Imágenes y letras
contra la pobreza
y la exclusión social
y por el voluntariado*



EUROPEAN ANTI POVERTY NETWORK ES

www.eapn.es

2^o

CONCURSO
**de Relatos y de
Fotografía Digital de EAPN**



Edita:

EAPN ESPAÑA

C/ Tribulete, 18

28012 Madrid

Teléfono/Fax: +34 91 786 04 11

www.eapn.es

Presentación4

Imágenes5

PRIMER PREMIO: M. Sergio López Conde7
SEGUNDO PREMIO: Alicia Petrashova8
FINALISTA: Javier Asensio Juárez.....9
FINALISTA: Rocío Álvarez Fernández.....10
FINALISTA: Alicia Petrashova11
FINALISTA: Rocío Álvarez Fernández.....12
FINALISTA: Javier Romera Fernández13
FINALISTA: Silvia Inés Martínez García14

Relatos15

PRIMER PREMIO: Isabel Rodríguez Sanz.....17
SEGUNDO PREMIO: María Lourdes Mollá Maestre27
FINALISTA: Andoni Delgado Chamorro31
FINALISTA: Teresa Hernández López.....35
FINALISTA: Aarón Enrique Gamarra.....46
FINALISTA: Alfredo Darío Ruiz García.....48
FINALISTA: Salvador Murillo Fernández.....56
FINALISTA: Wilma Beatriz Melenik.....64
FINALISTA: Yolanda Villoria Martín.....68
FINALISTA: Jesús Zaplana García72



Presentación

Los Concursos de Fotografía Digital y Relatos de EAPN España, en colaboración con la Escuela de Fotografía y Centro de Imagen EFTI, la Escuela de Escritura Creativa Fuente-taja, Filmin y Viajes Hélice, son un proyecto que surge alrededor del 17 de Octubre, Día Internacional para la Erradicación de la Pobreza, con el objetivo de proponer a la sociedad española una reflexión sobre la pobreza, la exclusión social y el voluntariado.

En las sociedades más avanzadas y ricas, uno de los principales obstáculos para lucha contra la pobreza y la exclusión social es su invisibilización. En España, durante los durísimos años de crisis, se ha visibilizado más la pobreza y la exclusión social, tal vez debido a su mayor extensión e intensidad.

La Pobreza y la Exclusión social no son inevitables, ni son “un castigo divino”, son consecuencia de acciones de las Personas, y especialmente de sus Gobiernos. Son las políticas económicas, fiscales y sociales las que pueden o no generar o erradicar la pobreza y la exclusión social.

Las expresiones literarias y graficas nos permiten avanzar en la visibilización de las personas más vulnerables. Que unas personas pongan al servicio de este fin su capacidad artística nos conmueve y ayuda a seguir luchando por quienes más lo necesitan. Es un nuevo voluntariado que apoya el trabajo de otros tantos que día a día se esfuerzan por hacer la vida mejor a otras personas.

Para la Red Europea de Lucha contra la Pobreza y la Exclusión Social en el Estado Español (EAPN-ES), la expresión artística es una vía de sensibilización y de compromiso de la sociedad con los temas retratados. La oportunidad de poder realizar un Concurso de Fotografía Digital y Concurso de Relatos es la ocasión perfecta para poder implicar a la ciudadanía en temas como la pobreza, la exclusión y el voluntariado.

Por último, quiero agradecer a todos y todas las participantes, que han sido muchos y muy variados, su participación en los Concursos. También me gustaría agradecer al jurado su colaboración en la elección de las personas finalistas y premiadas.

En este volumen se recogen los mejores relatos y fotografías seleccionados.

Espero que los disfruten.

Imágenes





Primer Premio

M. Sergio López Conde



En la fotografía, titulada "Contrastes", podemos observar en un mismo banco a una persona trabajando con su portátil, y quizás conectada a internet, junto a una persona sin hogar. La imagen llama la atención sobre el contraste entre clases sociales, demasiado corriente en el centro de cualquier ciudad, en esta ocasión Barcelona.



Segundo Premio *Alicia Petrashova*



Dicen que la mirada es el retrato del alma. Durante mi experiencia de voluntariado he visto muchas miradas que me han llamado la atención. Miradas de niños que parecían adultos, miradas tan tristes que te atraviesan y te llegan a lo más profundo. Allí he descubierto que todo lo que vives se queda reflejado en tus ojos, haciendo que toda tu historia te acompañe de por vida. La pobreza, el trabajo, la desnutrición infantil, la desestructuración familiar, el miedo y la desprotección. Sí, es sorprendente, pero todo eso puede expresar una sola mirada.



Finalista

Javier Asensio Juárez

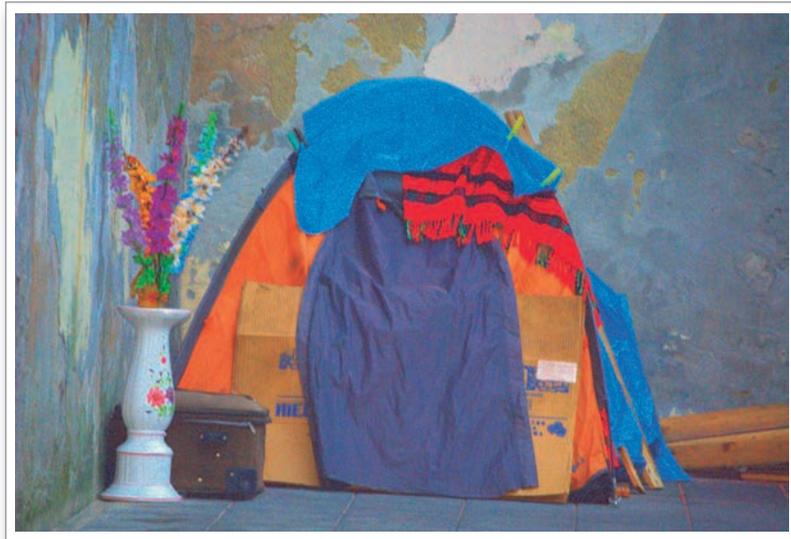


Esta fotografía forma parte de una serie de retratos. Todas las personas retratadas se encuentran en la calle, pidiendo limosna. Con estas fotografías pretendo acercar a una clase media la situación de estas personas, y hacer ver que su situación no está tan alejada de nuestra realidad como normalmente creemos.



Finalista

Rocío Álvarez Fernández



"Hogar, amargo hogar"

Fotografía tomada este verano en Gijón (Asturias) en la zona de la Playa de Poniente. El lugar alejado en el que se encontraba la tienda de campaña, y el jarrón con flores a la puerta, dejan ver que no es itinerante, ni instalada recientemente, transmite la sensación de ser un hogar, amargo, pero hogar en definitiva para la/s persona/s que la habita/n.



Finalista

Alicia Petrashova



Imágenes

El vertedero de Cobán no deja a nadie indiferente. En un lejano punto del mapa, la región de Alta Verapaz de Guatemala, esconde realidades y verdades tan duras como esta. Familias enteras trabajan reciclando la basura, al tiempo que viven en situación de exclusión social. La escena que se observa en la fotografía es la habitual de un sábado, una triste cotidianidad en la que las familias reciben el almuerzo donado por parte de una asociación local. No se trata de beneficencia, sino de una estrategia de acercamiento para promover el empoderamiento y la escolarización.



Finalista

Rocío Álvarez Fernández



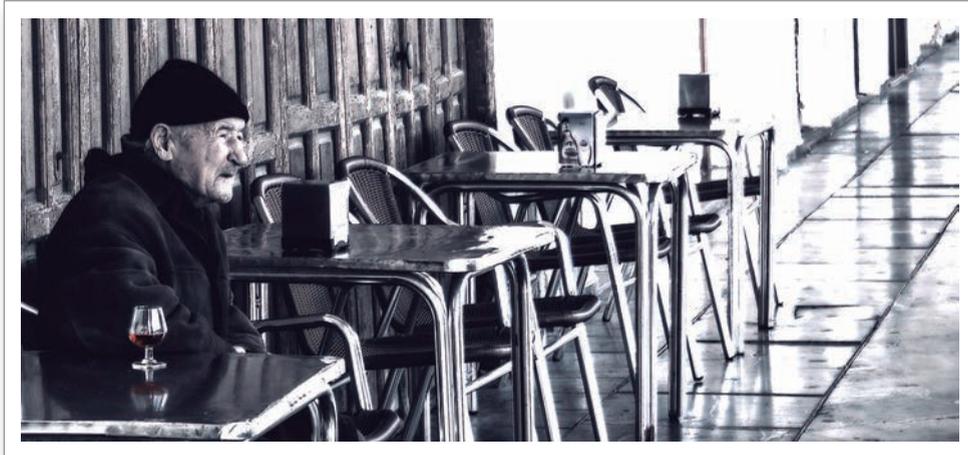
"Ventanas plastificadas"

Ventana de un "chupano" ubicado en las inmediaciones de la zona industrial de los astilleros de Gijón (Asturias). A pesar de ser época estival, las personas ocupantes de esta vivienda han sustituido la ausencia de cristales por plásticos duros, que previenen del frío y la humedad.



Finalista

Javier Romera Fernández



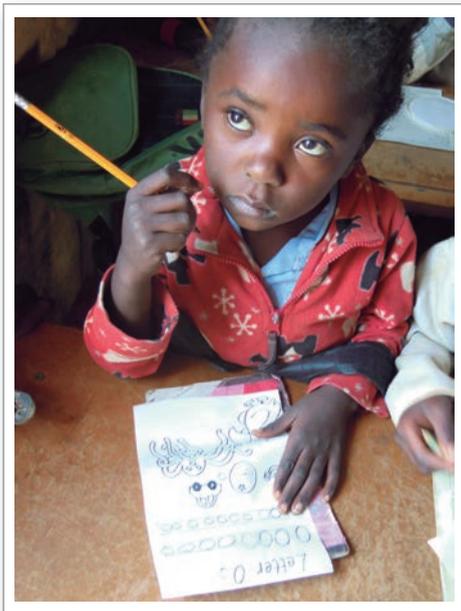
Imágenes

Persona en situación de exclusión social que conocí en la Plaza de la Corredera de Córdoba.



Finalista

Silvia Inés Martínez García



"Una mirada al futuro"

Ser voluntaria para la ONGD SED este verano en Zambia me ha ayudado a reafirmarme en que no sabemos lo afortunados que somos por vivir en lo que llamamos "mundo civilizado", pero también a ver cómo con poco se puede ser feliz y vivir. ¿Qué nos deparará el futuro? Es algo que no se puede predecir, pero sí disfrutar de lo que se tiene ahora, sea mucho o poco, sacar el máximo de todo lo que nos llega, como puede ser un grupo de voluntarios durante un corto periodo de tiempo, unos globos, unos balones,... pero sobre todo una sonrisa.

Relatos





Primer Premio

Isabel Rodríguez Sanz

Gina ya no va a la peluquería

Cuando Luis terminó de leer la carta en alto, se desplomó en el sofá, derrotado. Le habían denegado la prórroga de la prestación por desempleo. Miró a su mujer, quien envejeció una década en un solo instante. Se ató el mandil a la espalda por rutina inconsciencia y se dirigió muda a la cocina.

Aún estaba en edad de trabajar pero nadie contrataba cincuentones. Ni siquiera le llamaban para hacer entrevistas. Llevaba varios meses sin cobrar mientras él y su mujer veían mermar sus ahorros. Lo primero era pagar la hipoteca y las facturas. Después, comer. Sopa de aire, legumbres viudas. Lo justo para engañar al estómago. ¿En qué maldita hora surgió la idea de vender el piso de toda la vida, que ya estaba pagado, por uno nuevo con piscina?, se preguntaba Luis. Mes a mes, los desayunos con sonrisa de Rosa languidecieron, así como sus risitas cuando él la abrazaba desde atrás mientras ella faenaba en la cocina. Habían planeado su jubilación muchísimas veces, y no era esta. Ni tan pronto.

Luis necesitaba despejarse. Preparó a Gina para el paseo. Caminaban por la acera sin prisa. Mientras Gina hacía sus tareas de perro, Luis, como siempre, observaba con atención el panorama. Algunas personas solitarias, esparcidas de forma estratégica, sentadas en bancos o apoyadas en farolas, miraban hacia un mismo punto. Eran rostros tímidos que di-



simulaban, en vano, con el periódico gratuito de la estación de tren. Leían con un ojo en el diario y otro en la parte trasera del supermercado: la fachada de cemento gris, no la azul y amarilla de la entrada, sino la que los clientes no ven. Cada mañana, los falsos lectores esperaban el momento oportuno. Otros se arremolinaban sin tapujos con sus carros y bolsas junto al contenedor del muelle de descarga. Esperaban con ansia contenida lo que el súper no puede poner a la venta y que desecha sin remedio: yogures, leche, embutidos de inminente fecha de caducidad, frutas y verduras deslucidas, conservas abolladas...

Un vecino que pasaba por allí interrumpió a Luis.

–¡Gina, bonita! –saludó a la perra revolviéndole el pelo de la cabeza–. ¿Dando una vueltecilla?

–Como cada día –Luis sonrió sin ganas–.

–Has cambiado de peinado, ¿eh, bonita? –Seguía revolviéndole el pelo y le rascaba detrás de las orejas. Gina se puso panza arriba en señal de aprobación–. Esto de los perros es un sacacuartos –levantó el rostro hacia Luis, con una sonrisa.

–Y que lo digas, Paco, y que lo digas –no le explicó que el nuevo corte de pelo ya no era trimming, una estudiada disminución del manto, específica de la raza, que realizaban a Gina en la ciudad vecina, y de la que tantas veces había presumido. Ahora solo le rapaban su cuerpecillo cilíndrico y le dejaban un flequillo más o menos simpático pero mucho más económico, pues se lo hacía Luis en casa con su máquina de cortar el pelo. Habían intentado dejárselo largo, pero el manto crecía sin límite y Gina llegó a lucir rastas ovinas. –¿Has visto la que se monta ahí todos los días? –cambió de tema y tanteó a su vecino sin quitar la vista al muelle de descarga–. Es una pena.



–Sí, bueno, menuda pinta de vagos redomados tienen. Mira qué aspecto. Parecen alimañas.

–Bah, total, si va a ir al contenedor, que lo aproveche alguien, ¿no crees? –lo miró directamente a los ojos, como buscando su beneplácito.

–¡A picar los ponía yo, así se les quitaban las ganas de holgazanear! Bueno, os dejo, que llevo prisa– se despidieron con otra risotada compartida, y forzada por parte de Luis.

En los días siguientes, Luis leía y releía la carta del Instituto Nacional de Empleo, como si pudiera desgastar la tinta y con ello la notificación desapareciera. Añoraba un filete. Un pescado. Un buen chorro de aceite de oliva. Sin ingresos solo podían afrontar una de las dos cosas: pagar facturas o comer.

Al cabo de un mes, Luis dio un giro en la ruta diaria de Gina. Concluyó que había finalizado su tarea de observador y cambió el paseo de acera. Tragó saliva y se internó en el muelle. Dio los buenos días, pero nadie le contestó. Sentía que los ojos de los demás acuchillaban su dignidad.

–¿Hay algo que pueda hacer? –sudaba como si tuviera rocío en la frente.

En las últimas semanas había aprendido el funcionamiento de ese microcosmos desde lejos. Antonia, la más veterana, repartía el trabajo. Unos barrían el aparcamiento, otros bajaban los cajones apilados en lo más alto y otros separaban la comida por grupos: verduras, conservas... Antonia distribuía la cantidad por persona. Lo miró de abajo arriba y le sostuvo la mirada.

–¿Sabes doblar cartones? ¡Pues arreando! ¡Y cuidado que el chucho no lo mee todo!



El sistema era sencillo: el supermercado se ahorrraba personal y a cambio permitía que se llevarsen los sobrantes. Antonia era la que daba la cara a cambio de una ración extra. No pasaba ni una. Al mínimo alboroto, se encargaba de que no volvieras a asomar por allí. El encargado se lo había dejado claro:

–Antonia, me la juego con esto. Si todos cumplimos, todos ganamos. Mantén el orden y no os faltará comida. No me falles. –La señaló con el dedo y las cejas subidas. Era lo más parecido a un trabajo que había tenido en su vida.

Una hora después, Luis llegaba a casa con dos bolsones llenos de comida. No había sido fácil rodear el supermercado y atravesar la urbanización como si viniera realmente de comprar, con la piscina abarrotada de vecinos.

Su mujer lo recibió con los ojos empañados. Ambos comenzaron a colocar la compra en silencio, contenidos. Había cosas que hacía mucho que no podían permitirse, como jamón o copas de chocolate. Caducaban al día siguiente. Rosa recordaba con los labios apretados cuántas veces había tirado comida porque caducaba ese mismo día, sin importarle la diferencia entre caducidad y consumo preferente, sin tan siquiera paladearla antes por si estaba en buen estado. Quiso consolarse pensando que quizá habría ayudado a gente que como ellos ahora, lo aprovechaban. Pero eso fue en otros tiempos. Entonces nadie se arremolinaba en la parte trasera de los supermercados. Solo era tres años atrás y ya le parecían tiempos remotos.

Luis había esperado otra reacción. Pensó que Rosa lo recibiría con los brazos abiertos, que recuperaría su posición de macho alfa. Él siempre había llevado el sustento a casa. Pero ahora se sentía el ayudante del ama de llaves. Luis, ayúdame a limpiar la lámpara, Luis ayúdame a limpiar los ventanales, Luis vamos a hacer limpieza a fondo en la cocina...



Al día siguiente Luis volvió al muelle. De nuevo nadie contestó a sus buenos días. Antonia le miró con fijeza y a continuación señaló con la barbilla los cartones pendientes de doblar. Debía de rondar los cuarenta, aunque aparentaba cincuenta, y pesaría lo mismo que una muchacha de trece años. Tenía una cola de caballo del mismo color que sus ojos y su futuro. O su presente. Luis nunca había recibido órdenes de una mujer. Tras dos décadas de capataz de obra en obra, no estaba acostumbrado. Se sentía más pequeño que Antonia. En contraste, Gina iba feliz. Para ella era lo más parecido a ir de caza en mañana. No escatimó en saludos a los demás, aunque recibió la misma respuesta que los buenos días de Luis. Una hora después, ambos regresaban triunfantes a casa.

–Creo que voy a tener que llevar el carro, Rosa, porque las bolsas me destrozan los lumbares. Mira qué melocotones, solo están un poco golpeados, pero están maduros.

–Sí, sí, están muy bien –Rosa ni siquiera los miró. Colocaba en el mueble latas como de posguerra con una eficacia de autómata.

Luis sintió una punzada en el estómago y bajó los párpados, pero mantuvo el silencio. No le apetecía discutir otra vez. Él trataba de compensar la deficiencia económica implicándose más en las chapuzas de casa, y sobre todo, en salir cada mañana, esquivar a los vecinos, llegar al muelle, plegar cartones ásperos con manchurroneos sospechosos, hacer acopio de productos agonizantes entre hienas entrenadas y volver a entrar en la urbanización con la frente alta. Esto último iba siendo cada vez más difícil, pues había sustituido sus polos y pantalones de pinzas por bermudas y camisetas publicitarias. Era más práctico para la tarea. También se afeitaba solo en días alternos, para no destacar entre sus compañeros de faena. Se esforzaba en plegar los cartones con gran eficacia, buscando en Antonia un posible ascenso, o lo que fuera que supu-



siera una subida de sueldo, es decir, productos en estado grave, pero no al borde de la muerte.

Al cabo de dos meses, Antonia ya le permitía clasificar productos. Al llegar cada mañana, Gina recibía algún que otro saludo y los buenos días de Luis recibían respuesta. Incluso intercambiaban impresiones sobre el motín de esa jornada. Se había hecho su propia rutina y se sentía útil, aunque Rosa continuaba con su papel de mantenida despechada.

–¡Ya no me parto la espalda con los cartones, Rosa!, por fin me encargo de clasificar. Eso me permite fijarme en lo mejor y así luego salgo ganando en el reparto. Mira qué buena pinta tienen estas acelgas –las alzó al sol que entraba por la ventana como si de un trofeo se tratase.

–Están marchitas. –Se las arrebató de un plumazo–. Mira, no tienen cuerpo, se caen, ¿no lo ves? ¿Eh, no lo ves? –Agitaba las grandes hojas verdes con desdén.

–No están como las de la frutería, pero no hemos pagado por ellas. Bueno, al menos no dinero, pero sí tiempo y trabajo –Luis moderó la voz y posó una mano en el rostro de Rosa. Parecía alterada.

–¿Trabajo? ¡Ja! Eso ya ni recuerdas cómo se hace. Te has convertido en un holgazán incapaz de traer un sueldo, como tus nuevos amigotes. Si mi padre levantara la cabeza... Su hija comiendo de la caridad...

–¡No hablarás en serio! ¿Sabes lo que es bajar ahí abajo cada día? ¿Tienes la más remota idea de lo que se cuece ahí? –De nuevo regurgitaba un ácido que le quemaba el esófago.



–¡Tú al menos sales de casa! Mira, Luis, no puedo más. He hablado con mi hermana y me marcho a vivir con ella una larga temporada.

Luis se sentó en un taburete de la cocina.

–¿Me estás dejando, Rosa? –las comisuras de los labios se le arquearon hacia abajo y arrugó la frente.

–Solo es un paréntesis, hasta que mejoren las cosas. –Lo cogió de la mano.

–Así que si encuentro un trabajo, ¿volverías? –Luis la soltó–. ¿No podemos ir los dos allí y alquilar este piso?

Rosa negó con la cabeza a la vez que pegaba la barbilla al pecho. Luis apoyó la espalda contra la pared. Se percató de que Rosa le había preparado varias fiambreras y en el suelo el petate la esperaba.

El hombre dejó de enfocar. Se le perdió la mirada en las acelgas mientras oía de fondo la puerta cerrarse tras de Rosa. Le colgaban los brazos a ambos lados del taburete y se le mojaba la cara desde los ojos hasta la barbilla. Gina se subió de un salto y le lamió una lágrima. Él le revolvió el pelo de la cabeza y ella se acurrucó en su regazo.

Fiel a su rutina, Luis acudió al muelle a la mañana siguiente. Fue directo a su puesto y comenzó a clasificar productos sin mucho criterio, lanzándolos de mala gana a distintas cajas, pero con fuerza. Antonia se hizo la despistada. Un tipo nuevo plegaba cartones sin quitarle ojo. Llevaba una camiseta de interior de tirantes anchos, blanca en otro tiempo, que escondía una prominente barriga cervecera. Realizaba el trabajo despacio, pendiente de Luis con un ojo medio cerrado por el humo del cigarrillo que sus dientes casi grapaban.



–Eh, tú, el del chucho. Pon más cuidado, que nos vas a joder la comida a todos.

Luis le dirigió una mirada de esas que echan las madres cuando eres pequeño: dejas lo que estás haciendo y no se te vuelve a ocurrir nunca más hacerlo. Siguió a lo suyo. Daba igual si una lata reventaba un yogur o si añadía moratones a la fruta. Como una abrazadera industrial, el tipo cogió a Luis del bíceps y lo giró hacia sí.

–¿No te he dicho que cuidadito? ¿Eres sordo o te lo haces? –algo de saliva llegó al rostro de Luis.

–¡Eh, aquí no queremos problemas! Ayudas o te largas, ¿me has oído, nuevo? –era la voz de Antonia. El tipo la miró sin soltar a Luis.

–¿Qué es, tu chulo?

Luis intentó soltarse a la vez que notaba cómo dejaba de fluirle la sangre por su brazo fino como un alambre.

–Déjanos en paz. Aquí no nos gustan los problemas. Y suéltame, gordo de mierda.

El gordo lo lanzó contra la pared. Casi le parte la espalda. Se quedó sentado, igual de lánguido que las acelgas que Rosa había lanzado contra el fregadero, igual de inmóvil que mientras escuchaba la puerta cerrarse. De nuevo el ácido subió a corroerle los dientes. Se levantó como pudo y sin enderezarse del todo, corrió hacia la barriga del tipo hasta que hundió la cabeza en ella. Ambos cayeron encima de los cartones del suelo. Luis trató de alejarse a cuatro patas. El macarra no era ágil pero no era su primera pelea. Agarró a Luis desde atrás por el cuello de la camiseta y le soltó tal bofetón en la oreja que lo dejó boca arriba. Lo siguiente que oyó fue un pitido constante que se le mezclaba



con los jaleos de sus compañeros. Aturdido, vio que Antonia discutía con el encargado. Ambos hacían gestos exagerados con los brazos y ella trataba de arrebatarse el móvil. Buscó con la mirada a su oponente mientras tanteaba el suelo. Se mondaba de la risa con la intención de encenderse otro cigarro. Los dedos de Luis encontraron una lata y se la lanzó sin esperanzas. Le partió una ceja y tuvo que recostarse en el suelo. Luis aprovechó para levantarse y comenzó a patear la barriga del enemigo. Gina ladraba como una loca, poseída, entregada. Alguien uniformado arrastró al cervecero al tiempo que Luis notó que le inmovilizaban los brazos en la espalda. Entonces vio el coche patrulla y se percató de la escena. No se reconocía.

A la mañana siguiente despertó en el calabozo con la sensación de que se le separaba el cuerpo de las piernas de cintura para abajo. Había dormido en el suelo. Y el ácido le quemaba de nuevo la garganta.

–Eh, tú, el calvo, sal y firma aquí.

Por fin. No sabía cuánto tendría que estar ahí. No entendía de estas cosas. ¿Qué habría sido de Gina? Seguro que la habían mandado a la perrera. Se lo había preguntado al policía que le dio a firmar los papeles, pero le dijo que esos no eran los perros de los que él se encargaba. Cuando abrió la puerta de la comisaría escuchó unos ladridos acercarse. Esperó unos segundos a que sus pupilas se acostumbrasen a la luz solar. Una bola de pelo blanco corría hacia él casi arrugando el asfalto.

–¡Gina, mi Gina! –la alzó y se acurrucó en el pelaje del cuello de su amiga. –¿Qué haces aquí, pequeña?



–No me gustan los chuchos, no iba a quedarme con ella –Luis asomó la cabeza entre los lametones de Gina y vio la sonrisa de Antonia. A su lado, estaban algunos compañeros del muelle. –Vamos, que ha habido inventario y tenemos faena. ¡Andando!

El grupo, liderado por Gina, se marchaba calle abajo. Luis pensó en Rosa, y en lo sola que estaría con la viuda de su hermana. Sonrió de medio lado y echó la mano al hombro de Antonia. Ella apoyó la cabeza en el de Luis.



Segundo Premio *María Lourdes Mollá Maestre*

Cuando se pierde la identidad

Sentado en el suelo de la cocina, moviendo nervioso unos cromos de monstruos, Fermín seguía jugando con su hermano pequeño, Jaime, mientras intentaba escuchar a los mayores, escrutando su rostro, sobre todo a la abuela, que era la que mas lloraba. Fermín la había oído decir: "Esto se veía venir, se veía venir".

Existían denuncias de los vecinos; la madre de Fermín le dejaba mucho solo, cuidando del pequeño. En el colegio comunicaron un posible expediente de absentismo escolar, y cuando su madre los llevaba a los dos, los profesores se preocupaban porque no iban arreglados ni limpios, y no habían desayunado. La profesora de Fermín se encargaba de darles un vaso de leche y unas galletas.

María, la madre, bebía mucho y a veces no despertaba en muchas horas, el rato que se espabilaba, cogía a los hijos y con ellos pedía en el metro. A sus siete años, a Fermín, ésto le daba mucha vergüenza, alguna vez había robado en el colegio rebuscando en los bolsos de las profesoras, cuando le preguntaron por qué lo hacía, respondió que para que su madre no pidiera en el metro.

Los mejores días para Fermín eran los que su madre les dedicaba cuando no estaba ebria. Esos días los aseaba, los ponía de limpio, no peleaba con la abuela y solían ir a visitarla. Pero lo que más le gustaba a Fermín era ver a su madre arreglada, oliendo a lim-



pio y sentir esos abrazos maternos que ella prodigaba cuando estaba bien, y los arrumacos antes de dormirse cuando él le pedía un cuento.

Jaime, a sus cuatro años no hablaba ni era capaz de prestar mucha atención, jugaba con la cabeza de su madre, atusándola y cogiéndola con las dos manos como si fuera un balón; como era habitual en él, no lloraba y sonreía bobaliconamente, era también frecuente que a todos echara los brazos, a conocidos y desconocidos, no extrañaba a nadie y a todos sonreía, Fermín había oído comentar a la abuela “este niño me preocupa, es un poco retrasado, hay que tener cuidado” y sentenciaba, “a Jaime se lo podría llevar cualquiera”

Nunca llegaban al final del cuento, pero era divertido jugar con Jaime

Sonó el timbre de la puerta, la abuela sobresaltada dijo casi en un grito, “ya están aquí”; María lloraba, olía a alcohol y a tabaco, recordó también el olor del hombre que un día los abandonó a los tres, cuando a ella ya no le quedaban fuerzas para soportar más golpes. María abrió la puerta y otras tantas se cerraron en el descansillo de aquella escalera lúgubre. Fermín volvió a morderse las uñas y a pellizcarlas frenéticamente como queriendo arrancarlas en su totalidad, como cuando su padre gritaba y daba golpes a su madre para terminar siempre igual, queriéndose llevar a Fermín al dormitorio, sabiendo que era el mayor daño que podía hacerla; entonces María se convertía en una fiera, y fuera de sí, arrebatada a su hijo de las garras de aquella bestia y junto con el pequeño se encerraba en el cuarto de baño; no saldrían hasta que oyeran el golpe de la puerta al cerrarse, María rezaba para que no volviera más, y así fue, un día él desapareció de sus vidas.

Los técnicos de los servicios sociales de zona saludaron cordialmente, y acariciando a los pequeños que seguían jugando, les preguntaron “Qué pequeños, ¿estáis preparados?” Fermín sabía que venían a recogerlos y llevárselos de su casa, y hasta que su madre se



recuperase de su adicción, y consiguiera un trabajo, los niños estarían en un recurso residencial, con otros niños, con educadores y con todas sus necesidades cubiertas.

Fermín y su hermano dejan su casa de la mano de quien no conocen y son trasladados al centro asignado, explicándoles que van a tener, por un tiempo, una nueva casa. Pero Fermín no entiende lo que ha pasado. ¿Por qué no ha podido llevarse sus cromos de monstruos? Le explican que en su nueva casa hay muchos juguetes, Pero las preguntas se atropellan en su mente y pregunta y pregunta en un mar de lágrimas ¿cuándo podrá volver a jugar en el rincón de su cocina? ¿Quién estará esta noche junto a su cama cuando se duerma? ¿Quién le contará un cuento? ¿Cuándo volveré a mi casa? Y sobre todo, ¿Cuándo veré a mi madre?

Los primeros días son duros para Fermín, la cercanía y el afecto prodigado por los educadores no le cura de su desconcierto, durmió junto con su hermano, una educadora se encargó de que se sintieran a gusto en sus nuevas camas con sábanas que olían a limpio y por la mañana ya fueron a su nuevo colegio, fue la educadora del turno de mañana quien los preparó: estrenaron uniforme, zapatos, y abrigo, además de una mochila, un cuaderno y lápices de colores. Montaron en la ruta escolar vigilados y atendidos por el personal encargado para este cometido. Les fueron preparando durante el trayecto hablándoles de su nuevo cole, de su nueva profesora, advirtiéndoles que volverían después de comer, que se portaran bien y comieran todo lo que les pusieran en el plato.

La educadora del turno de tarde, que los recibiera el primer día, los estaba esperando; junto con otros niños merendaron y jugaron, Fermín hizo unos deberes para el día siguiente y pronto se sintió seguro junto a la educadora que ya iba conociendo; enseguida llegó la hora de cenar, Fermín estaba deseando que volviese a llegar el momento de irse



a la cama junto con su hermano, luciendo su bonito pijama; cogiendo un oso de peluche que había en la habitación, se lo dio a Jaime mientras la educadora les ayudaba, supervisaba y les iniciaba en el lavado de los dientes.

Fermín sentía hormigas por el estómago y pensó que la cena no le había sentado bien, mientras Jaime se metía en la cama, la educadora se sentaba cerca, acompañándoles en esta su segunda noche fuera de su casa, momento que aprovechó Jaime para sonreír bobalicónicamente y echarle los brazos jugando con la cabeza de la educadora, atusándola y cogiéndola entre las manos a modo de balón. Fermín pensó que Jaime se había olvidado de su madre, y las hormigas se multiplicaron en su estómago

Al día siguiente no subieron a la ruta escolar. La enfermera del centro, a la que no conocían, les acompañó al ambulatorio, tenían que hacerles una revisión médica y unos análisis. Lloraron durante el reconocimiento, lloraron más con la extracción de sangre, ya de vuelta con su dedito todavía en el lugar de la punción, lloraba sin consuelo, la enfermera encontró una voluntaria en la puerta del centro, y pidiéndole que los llevara a su hogar, donde les esperaba su educadora, se fue con prisas pues tenía que hacer otra gestión. Marisa, la voluntaria, acostumbrada a tratar con niños, se puso a la altura de los pequeños y queriendo propiciar su consuelo, les decía, "Pero si no ha sido nada, ya pasó, un poco de "coca cola" que os han sacado del brazo; Ahora vais a tomar en el hogar un cola cao calentito y un bollo" La buena Marisa deseaba con prisas que los recibiera su educadora lo antes posible, pensando que así terminaría el llanto. No sabiendo en que hogar estaban asignados, les preguntó, mal preguntado, ¿De quien sois?, ¿De Francisca?, no, decía Fermín entre gemidos; entonces ¿Sois de Agustina?, mal preguntado otra vez, no, dijo Fermín sollozando e insistió. ¡No lo sé, yo antes era de mi madre!.



Finalistas

Andoni Delgado Chamorro

Algún día me preguntará mi nombre

La puerta de hierro forjado se desliza permitiéndome la entrada. Una mano me saluda y una cara sonriente, apenas iluminada por una fluorescente blanca que ilumina la caseta de seguridad, calman mi ansiedad. Abro la ventanilla y esbozo una sonrisa. Él me guiña un ojo. Yo levanto el pulgar. Todo está tranquilo. Respiro hondamente. Un día de estos le preguntaré su nombre.

El camino que lleva a la entrada de mi hogar, pavimentado con grava de mármol rosa de Carrara, levanta sonidos graves que hacen apagar el eterno cantar nocturno de los grillos, mientras las ruedas con llantas personalizadas de mi *Ferrari* lo recorren. Me encanta sentirme en casa.

El mando a distancia del garaje hace elevar la puerta blindada y aparco entre el *Maserati* y el *Rolls*. Desciendo del vehículo. Mis piernas agradecen el cambio de postura tras tres horas conduciendo.

El ascensor me conduce directamente al salón. Las luces se encienden en cuanto detectan mi presencia. Una de las ventanas, parcialmente abierta, deja entrar la suave brisa procedente de la bahía. Todo está limpio y en orden. Me gustan las cosas en su sitio. Mis criados realizan bien su trabajo. Un día de estos les preguntaré sus nombres.



Me dirijo a la cocina y observo que la frugal cena está preparada en la mesa: huevos con caviar, una baguette francesa y un plato de jamón ibérico cortado con finura exquisita. Una copa de vino Vega Sicilia la acompaña. Me agrada este vino. Un día de estos felicitaré a la cocinera y le preguntaré su nombre.

Acabada la cena me dirijo al salón, enciendo la televisión de plasma de 103 pulgadas y paso los canales con el mando a distancia. No encuentro ningún programa que me agrade. La apago y me dirijo a la biblioteca. Coloco un vinilo en el tocadiscos: "*Ne me quitte pas*" de Jacques Brel. La música envuelve la amplia habitación mientras elijo "*Cien años de soledad*" para leer. Me agrada sobremanera este gran rincón. El bibliotecario mantiene los más tres mil volúmenes que forman mi biblioteca de manera pulcra y ordenada. Un día le preguntaré su nombre.

Me siento en el sillón Victoriano del siglo XIX. Enciendo una pipa con tabaco *Dunhill My Mixture 965*. Me sirvo una copa de *Moët & Chandon*. Me gusta disfrutar de estas pequeñas cosas. Mi sommelier es magnífico. Un día de estos le preguntaré su nombre.

Suenan las doce de la noche en el *Carillón Wetsminster*. Me dirijo al dormitorio. El dosel de la cama aparece recogido por el lado derecho. Es mi sitio preferido. Me desnudo y me introduzco entre las suaves y refrescantes sábanas de lino. Me reconforta esta sensación. Mi ama de llaves es extraordinaria. Un día le preguntaré su nombre.

Me duermo y sueño.

....

Las puertas de cristal se abren a mi paso. No hay nadie en la entrada que me reciba. Mis pasos, vacilantes, se encaminan al fondo, hacia la fila: hay una docena de personas.



Jacinto está el primero, madruga mucho. Cuando llega mi turno una mano aprieta la mía; una sonrisa me acoge. Yo guiño un ojo. Él levanta el pulgar. Me da un vale de comida. Todo está tranquilo. Se llama Santi. Estudia por las tardes filología hispánica y se levanta temprano para atendernos a nosotros. No cobra nada. Un día me preguntará mi nombre.

Recorro la distancia que me separa de la mesa de reparto. Mis raídas zapatillas apenas levantan un suave susurro cuando se apoyan sobre las frías baldosas. Me encanta este recorrido. Mis piernas, anhelantes, no obedecen mis órdenes y avanzan rápidamente.

Hace calor, no existen ventanas que dejen entrar un poco de aire. Miro de reajo y observo a través del cristal de la puerta que mi carro de supermercado sigue aparcado al lado de el de Jacinto. Una chica joven, muy guapa, friega el suelo. Se llama Sofía. Acabó la carrera hace un año y no encuentra trabajo, pero también se levanta pronto para servirnos. Un día de estos me preguntará mi nombre.

El desayuno es frugal, pero delicioso: café con leche, pan con aceite o mantequilla y mermelada de frambuesa. *Rosario* nos lo sirve siempre con un "buenos días". Está casada y tiene tres hijos mayores; también madruga por nosotros. Un día me preguntará mi nombre.

Carlos nos trae la prensa. Es un periódico de apenas cuatro hojas: "La voz de la calle". Está jubilado. Su mujer murió de cáncer hace tres años. El recuerdo y la tristeza no le dejan dormir y se incorpora a las seis de la mañana para ayudarnos. Un día de estos me preguntará mi nombre.

Salgo a la calle, agarro mi "carrito" y busco cartones entre la basura. Con el dinero que saco, a veces compro unos cigarrillos sueltos en el estanco.



Al mediodía volveré a mi hogar. *Santi, Sofía, Rosario y Carlos* no estarán; tienen también otra vida con la que luchar. Pero allí aparecerán *Miguel, María, Juan y Julia*, que aunque no han madrugado para atendernos, también perderán (o ganarán) parte de su tiempo para dárnoslo a nosotros. Un día de estos me preguntarán mi nombre.

Y a la hora de la cena *Félix, Rocío, Ana y Antonio* ocuparán sus puestos como voluntarios en el comedor social. Algún día me preguntarán mi nombre. Y yo, agradecido, se lo diré.



Finalistas

Teresa Hernández López

Crónicas de la miseria: tres ángeles

A mi abuela, mi madre y mi hija, tres focos de luz que iluminan mis tinieblas

ESTACIÓN DE TRENES DE SANTS, BARCELONA, NAVIDAD 2012

El periodista en las inmediaciones de la estación acerca la cámara haciendo un barrido al exterior del edificio, se detiene ocasionalmente para captar alguna escena entre la marabunta de indigentes que allí se resguarda. Tiene sed, se aleja buscando un bar. Mañana hará una breve reseña para llenar un espacio que indignará a los televidentes el lapso de tiempo justo, el políticamente correcto, antes de continuar con sus asuntos.

UN BARRIO DE BARCELONA, NOVIEMBRE DE 1945

Espera con la impaciencia propia de una niña y la postura encorvada de una anciana. Su vestido de tejido basto está lleno de remiendos y ya algún tímido agujero comienza a asomar de nuevo. Los zapatos, demasiado grandes, son apenas unas albarcas agujereadas con pedazos de cartón en la suela que se le clavarían a alguien más sensible, ella tiene los pies encallecidos. Los días de lluvia se mojan y hay que cambiar esas plantillas forzosas.

Está aterida de frío, el abrigo del año anterior se le ha quedado pequeño y lo ha heredado su hermana. La cola es larga y el hambre le roe el estómago hueco y vacío. Ayer a



mediodía comió unas pieles de habas cocidas en una olla de cobre tan abollada como su propia alma, desde entonces nada. Aferra su cartilla de racionamiento mientras canturrea: ***"Siempre que pintas iglesias, pintas angelitos bellos, pero nunca te acordaste, de pintar un ángel negro..."***

Ella no es negra, de hecho, jamás ha conocido una persona de color. Todavía han de pasar décadas antes de que en esta España cerrada a cal y canto al exterior en la que vive, aparezca la inmigración y se conviva con otras razas. Le suena exótico, como las habaneras que en sus sones hablan de una lejana Cuba.

Cuando llega su turno recoge los escasos alimentos que no darán más que para un par de días, son siete bocas en casa, y primero se ha de alimentar el padre, no sabe por qué pero así es. Al salir de la cola tropieza con una piedra y cae, sus rodillas sangran, pero ni una sola de las cosas que lleva tocará el suelo, ni aun a riesgo de perder los dientes las soltaría.

– Pero que torpe es esta cría, anda y dile a tu padre que te consiga unos zapatos.

Ella ignora las burlas y se dirige a casa. Hoy ha cumplido nueve años y su madre está trabajando en una fábrica de estropajos. Aún tiene que hacer comida para los hermanos y el padre, estigmatizado por su participación en la guerra en el bando de los "rojos" Al llegar, se dispone a encender el fuego de carbón para hacer un engrudo de harina y agua, pero no quedan cerillas. Tendrá que pedirle al vecino malhumorado que siempre tiene de todo, y ya tiembla de pensarlo, pero no tiene otra opción, los niños lloran de hambre.



– Por favor señor ¿Cuenca me puede prestar una cerilla?

– Joder con los putos críos del Gori, menuda escoria, toma niña, una para hoy, otra para mañana y otra para que no me pidas más. Largo de aquí.

El viejo escupe a los pies de la niña y el saliva cae sobre un dedo que asoma. Humillada y temerosa, baja la cabeza avergonzada, da las gracias y se mete en su casa.

Ella es tonta, no sabe nada Ni siquiera leer y escribir. Ir al colegio es un privilegio que no está a su alcance, su deber es ocupar el lugar de la madre en la casa. Se promete que cuando sea mayor solo tendrá un hijo y estudiará como sea. No tendrá los cinco de su madre, como que se llama Teresa.

BARCELONA CIUDAD, NOVIEMBRE DE 2012

Laura sale de su clase en la Universidad donde cursa Filología Inglesa. Con su pelo a lo Durero sobre su bufanda de mohair y la carpeta en la mano observa a dos mujeres rumanas que le preguntan dónde encontrar el comedor social más próximo, tienen la dirección pero no saben llegar. Ella consulta su móvil, acaba de recibir un whatsapp de su madre, pero ya lo verá más tarde. Es hija única de otra hija única, pero no es una malcriada como suele suceder con los que no han de compartir las cosas con los hermanos.

Se conmueve por el atuendo de las mujeres, por sus expresiones de cansancio, las ve tan perdidas, que consulta en su móvil la dirección y decide acompañarlas. Al llegar, las mujeres se sitúan en la cola y Laura las despide dándoles unos euros. Es tarde y camino del metro recuerda el WhatsApp y lee:

“Nena, esta noche hay reunión de grupo, a las nueve ¿te va bien venir?”



Su mirada vuelve atrás, mira la cola a lo lejos, donde se aglutinan principalmente inmigrantes, pero también españoles que con la crisis han perdido sus empleos, han sido desahuciados y hoy viven en la calle. El estado de bienestar ha terminado para muchos en su país. Teclea en el móvil:

“Si, pero algo más tarde, me quedo una hora más en el trabajo, voy ya para casa a comer. ¿Estarás aun en media hora?”

“No, me voy a trabajar ya, en la nevera hay un tupper de albóndigas con sepia. Te he comprado el vinagre de manzana y hay queso de cabra y nueces para la ensalada”

BARCELONA, EL BARRIO, DICIEMBRE DE 1945

Son casi las nueve de la noche y Teresa casi ha acabado sus tareas. Ha hervido unas patatas para cenar, de las que apenas ha quedado nada al retirar lo podrido, y las ha mezclado con agua y pan seco para que cundan más. Al padre le ha cocido el único huevo que quedaba. Acuesta a sus hermanos, a la pequeña ha tenido que llevarla a media tarde a que su madre la amamante en la fábrica. Antes ha hecho la colada en un lavadero que hay en la azotea con jabón de sosa y sus manos están llagadas. Ahora que sus hermanos están durmiendo, debería coser sus ajadas ropas, pero está tan agotada que mientras piensa en ello se queda dormido en la silla.

Así la encuentra Isabel tras llegar de su doble jornada a las nueve de la noche. Sus pies están hinchados, su cuerpo apenas la sostiene, y unas lágrimas furtivas se alojan en sus ojos. Los aprieta sin dejarlas caer. En unos días de nuevo Navidad sin nada en la mesa.



- Nena, ya he llegado, venga vete a la cama.

- Mamá intenta que no falten cerillas, el Cuenca me ha dicho que no me dará más, que está harto de nosotros

- Ese fascista desgraciado ¿Te ha hecho algo? Porque si es así le arranco el hígado al señorito de los cojones

.- No me ha hecho nada. Voy a coser, quedan unas pocas patatas en la cazuela.

- Ya coso yo hija, mientras espero a tu padre a ver si ha encontrado trabajo. Ve a dormir.

Y Teresa, besa a su madre y se va a la habitación, donde, en una cama de matrimonio se hacinan cada noche cuatro niños. Pensando que cuando crezca el bebé serán cinco se queda dormida.

BARCELONA CIUDAD, DICIEMBRE DE 2012

A las nueve, como siempre, Laura entra apresurada en el local. Hay ocho personas, su madre una de ellas, la besa y se disculpa con el resto.

- Lo siento, llego tarde por segunda vez, tenía que corregir unos exámenes de los niños, mañana no tendré tiempo y he de darles las notas esta semana.

Mireia sonrío. Es una mujer de la edad de su madre, unos cincuenta. En realidad Laura es la única joven de aquel grupo, le acerca una silla:



– No te preocupes, afortunada tu que tan joven y estudiando tienes un buen trabajo, eso hay que conservarlo tal y como están las cosas. Venga vamos al grano.

En la conversación se concreta que necesitan cien firmas para presentar una petición de ayuda a la alcaldesa de la ciudad. Están todas demasiado ocupadas para hacerlo por otras vías, por lo que acuerdan colgar un enlace para ello en la página de una red social que abrieron hace poco a tal efecto. El grupo de voluntarios se sostiene solo con sus escasos recursos. Se dedican a repartir alimentos, que compran con su propio y escaso dinero, en las zonas donde se aglutinan los indigentes por la noche. Todas esas personas que deambulan durante el día intentando vender pañuelos de papel o encendedores, y por las noches, duermen sobre cartones alrededor de la estación.

Son las doce de la noche y Laura y su madre llegan a casa. Como siempre reservan un rato para contarse sus jornadas antes de irse a dormir.

BARCELONA, EL BARRIO, DICIEMBRE DE 1945

Isabel entrecierra los ojos para dar las puntadas, es medianoche y bajo la escasa luz intenta hacer un zurcido en unos pantalones casi transparentes de tan gastados, tensa el tejido sobre el hueco de mármol. La puerta se abre y levanta la cabeza

– ¿Qué, ya es hora de llegar? Como el del bar me reclame un solo céntimo, aquí no comes más

– Isabel, nadie me da trabajo, se lo has de explicar a la nena, me mira mal. ¿Qué coño queréis que haga? Al menos bebiendo a ratos me olvido y mi cabeza descansa.



– Y tu hija y yo ¿cuándo podemos descansar la cabeza o el cuerpo? ¿Eh? Solo tiene nueve años.

Gori tropieza con una silla de enea y se tambalea, se acerca a su mujer y la abraza, ella lo aparta.

– Estoy muerta, me voy a dormir.

Ambos se meten en la cama. Al lado hay una caja con un almohadón que hace de cuna para la niña de seis meses. Él busca un pecho de Isabel bajo el camisón, ella se queda quieta, intenta hacerse la dormida.

– Date la vuelta, sé que estás despierta. Ponte bien.

– No, no vas a hacerme más hijos que no puedes mantener, déjame en paz.

– ¿Eh?

– He dicho que no. Si quieres te gastas lo que no ganas en putas en vez de en vino.

Se da la vuelta en parte indignado, en parte avergonzado y ambos se duermen. En la habitación contigua, Teresa llora en silencio, en parte de pena, en parte de alivio.

Los años transcurren, la situación económica de la familia mejora y los hijos crecen bajo un régimen político de férrea dictadura. Gori ha encontrado trabajo en una fábrica de tintes, e Isabel, entre los estropajos y el estraperlo algunas noches, ha conseguido el dinero para abrir una tienda de comestibles que más tarde se convertirá en bar. En ese tiempo, la familia ayuda con alimentos a otros en peor situación.



En 1963 Isabel es abuela, Teresa le ha dado una nieta. Más tarde sus otros hijos le darán más, pero la mayor, tal como se prometió de niña, se quedará con solo una. Gori muere con cincuenta y cuatro años, para todos víctima de una silicosis consecuencia del trabajo. Solo su mujer sabrá que la bebida se cobró su vida con la cirrosis.

A los sesenta y siete años, esa mujer, que contra viento y marea sacó adelante a sus hijos en tiempos de penurias, yace en un nicho. Fue dura como el acero, pero el cáncer lo ha sido más y la ha devorado.

BARCELONA CENTRO, 25 DE DICIEMBRE 2012

Teresa está junto a su familia en la sobremesa, que se ha alargado hasta la tarde como es de rigor en esas fechas. Conversan y cantan villancicos. Su nieta le pide que le cante aquella vieja canción de Machín y ella la mira con orgullo. A pesar de lo que ha cambiado la vida, tiene principios y el espíritu emprendedor de Isabel. Ella ha tenido la suerte de vivir su infancia en la bonanza económica, no obstante, no se ha malogrado como a tantos jóvenes les ha ocurrido. Y canta, como antaño: ***"Pintor de santos y alcobas, con el pincel extranjero, ¿Por qué al pintar angelitos te olvidaste de los negros...?"***

El móvil de su hija vibra. Sonríe pensando que, a pesar de su vida complicada, llena de vicisitudes y nada convencional también ha tenido mejor suerte que ella misma. La ve abrir el WhatsApp recibido y la oye leer en voz alta:

"Feliz navidad. Buenas noticias. En el hospital donde trabaja mi mujer hay un excedente de menús navideños para los trabajadores. Con la huelga sobran 53. Poneos las pilas que yo pongo el coche"



Laura mira a su madre.

– Vamos, tenemos que cambiarnos, que cuanto antes llegemos, menos irán a las colas para cenar.

Teresa con sus setenta y seis años ya, cabecea con tristeza paladeando de nuevo la amargura de la miseria.

– Creí que nunca tendría que volver a ver colas para comer. Ojalá pudiera acompañaros.

Y piensa que esa noche los voluntarios repartirán esos menús por los alrededores de la estación y los cajeros automáticos donde algunos duermen. Unos menús, que pese a la pobreza existente, hubiesen acabado en un contenedor de basura. Así son las cosas, carencias para unos y derroche para otros, eso no ha cambiado.

El grupo se dirige donde desarrolla su pequeña iniciativa de acción ciudadana contra el hambre. Hoy apenas ninguno de los que allí se hallan ha comido nada, sucede a menudo. Tienen su organismo acostumbrado ya al ayuno, evitan en lo posible los comedores sociales y han renunciado a hacer cola para conseguir una cama, que a menudo, no logran por exceso de demanda y escasez de oferta.

Con cierta sorna no exenta de nostalgia encubierta, charlan de otras épocas en las que en esas fechas sus comidas eran copiosas, otros tiempos de alegría y abundancia. Los voluntarios conocen sus historias. Tienen sentimientos duales, por un lado están desgarrados ante tanta gente sufriendo iniquidades, con su dignidad más elemental vulnerada por un sistema sin piedad. Y por otro, están satisfechos de colaborar desde la base con



sus escasos recursos. Pero saben que no es suficiente. No pueden más que desplegarse en las calles en busca de la miseria, paliarla algo, pero no erradicarla. Y eso quema.

Laura y su madre hablan con dos ancianos, viejos conocidos ya. Gustavo tiene un hijo económicamente bien situado, que se avergüenza de su padre por no integrarse jamás en el sistema y a quien hace una década que no ha visto. Se fue a vivir a Alemania por exigencias laborales, él siempre piensa que también para lavar su conciencia escudándose en la distancia para no verlo.

Paca está sola, a su hija se la llevó la heroína hace treinta años y cada semana, una noche, va a verla al cementerio y roba alguna flor de otro nicho, para dejársela mientras le reza una oración: **"Cuatro esquinitas tiene mi cama, cuatro angelitos que me la guardan"** Recuerda una vida dedicada a la prostitución y se la oye clamar al cielo como un lobo aullándole a la luna y con idéntico nulo resultado:

– Dios, ¿dónde coño estás? ¡Baja y da la puta cara!

Desde un piso se oye cantar: **"Noche de paz, noche de amor, claro el sol, brilla ya, y los ángeles cantando están..."**

Y el periodista de antes, sale en ese momento del bar captando esa escena con su cámara. Se regocija de tener algo impactante para dar dramatismo a su trabajo, sabe que la politizada cadena televisiva se lo ha encargado solo para emitir en las noticias brevemente y condicionar a la población a sentirse afortunada con lo que tiene sin protestar. A él poco le importa esa desoladora imagen de pobreza y miseria.

En la cama, Laura piensa que todo el mundo se solidariza de palabra, es lo que exigen los cánones de la decencia y quisiera gritar: **"Ciudadanos, ¿Dónde están vuestras**



huellas en el suelo de cemento de los desposeídos? Dirigentes, ¿Cuándo haréis cumplir el artículo de la Constitución que decreta que todo el mundo tiene derecho a un trabajo y una vivienda digna?

INFORMATIVO CANAL... 26 DE DICIEMBRE 2012

"Disminuye el número de los sin techo en sus calles. La campaña navideña de servicios sociales ha acogido a un gran número de ellos en sus centros. Les dejamos estas imágenes que muestran el reducto de indigentes que prefieren la mendicidad o los hurtos. Buenas noches y Felices Fiestas."



Finalistas

Aarón Enrique Gamarra

Te aseguro que es ella

Si, María Victoria Rodríguez de Alarcón. La penúltima de la fila. La rubia. No me la imaginaba esperando turno en un comedor social, pero claro, ella es así. No se habrá querido dejar ayudar por nadie. Ni por su ex marido, ni por amistades, ni por su familia, que la tiene y bien numerosa. Lo sé porque todos tienen cuenta en nuestra sucursal. De toda la vida.

Cada uno termina pagando sus errores.

Pues claro que está buenísima. Después de seis meses –no, ya son siete–, sigue sin cambiar. Ropa barata demasiado lavada ya, pero nadie le ha quitado ese orgullo en el gesto. El mismo que mostró al entrar en mi despacho para solicitar renegociación de la hipoteca la primera vez. Y la segunda. Y la tercera, la última, cuando me dijo con las manos apoyadas sobre mi mesa y a diez centímetros de mi cara que me olvidase del asunto y de ella para siempre.

Verse así es culpa suya.

No, no me da pena porque al encontrarme un caso como ese en una mujer así, me obligué a revisar de nuevo su petición, a verla de otra forma. Ya lo había hecho con otras en circunstancias similares. Tú lo sabes. Estaba dispuesto a aplazar lo suyo todo lo posi-



ble. Al fin y al cabo, si lo piensas, lo que nosotros prestamos es tiempo. Llegué a pensar que la tenía ya convencida. Por eso el resultado fue más drástico. Ni un céntimo.

Ella se lo buscó.

Si no hubiese aceptado la cena, ni la copa después, no me habría hecho ilusiones. Quizá tampoco ella. Conozco a montones de mujeres con muchas menos posibilidades de las que tiene, de las que luce queriendo o sin querer, que al final, un poco con tu negocio y un poco con el mío, consiguen salir adelante y a veces mejorando incluso su vida anterior.

Pero la vanidad no quita el hambre.

Y si lo piensas, ella no tenía mucho que perder porque no le quedaba nada. Ahí la tienes, no hay más que verla. Todos habríamos salido ganando. Vosotros dando prestigio a vuestro local con una mujer así, ella con ingresos suficientes para ir pagando sus deudas y yo satisfaciendo mis deseos de vez en cuando. Era la gran oportunidad para cambiar su vida, que quizá ya no hubiese sido suya del todo, no, pero ésta de ahora, mírala, va a ser más dura y más larga. Mucho más. María Victoria Rodríguez de Alarcón.

Está en verde. Vámonos. Date prisa.



Finalistas

Alfredo Darío Ruiz García

Gracias, mi pequeña

No, no estoy loco...pero, ¿sabes lo que te digo? Que piensen lo que quieran. Es su problema, no es el mío. Mis problemas son mucho más importantes y me enfrento a ellos todos los días desde la necesidad. **Suerte que te tengo a ti para ayudarme.** Ellos no tienen que encontrar un sitio para dormir cada noche, lejos de esos malditos cabezas rapadas que me persiguen y me pegan, mientras se ríen y gritan que la próxima vez me quemarán. Yo sé que son capaces de hacerlo y tengo que esconderme bien para evitarlos. Tampoco saben lo importante que es guardar bien los cartones para después poder resguardarse del frío, sin ellos estaría muerto, pero ellos no lo entienden. Ni lo que es levantarse al amanecer, cada día en un cajero distinto, para que abran el banco, y que ni te miren lo empleados cuando entran. Como si no existieras. Ni conseguir un euro para el vino que me ayuda a sobrevivir en esta mierda. Les cuesta darme diez céntimos porque tienen miedo y asco de tocar mi corrompido cuerpo. Ellos no saben nada. Mis problemas nacen de la necesidad, los suyos solo del deseo. **Estuve en el albergue, con el chico que me dijiste, y me comentó que me podía quedar con ellos. Me dieron de comer y me duché. Se han portado muy bien. Me cuesta confiar en la gente. Soy como un perro al que han apaleado. Cuando levantan la mano para acariciarme mi instinto me hace huir y ladrar.** Ellos sólo ven lo que están obligados a ver, no quieren ver más. Les horrorizaría profundizar en las vidas como la mía. Vidas muertas. Ellos



sólo ven mi pelo grasiento y huelen mi aliento a alcohol; ven mis uñas largas y negras, y mi ropa sucia. Ven mis harapos e intuyen mi desesperación, pero no saben quién soy yo. No quieren saberlo. **Hay más gente como yo. Los conozco de la calle. No sé sus nombres, pero sé cuáles eran sus zonas. Me dijeron que fuera a una reunión de alcohólicos anónimos. No he dejado de beber aún, no quiero mentirte, pero estuve allí y me sentí bien. Éramos diez personas y el que quiso contó su historia. Todas las historias eran la misma. El alcohol entra en tu vida y te saca de ella.** Ellos piensan que no va con ellos, que no es su problema. Que nunca podrán verse en esta situación. Ni lo imaginan. Ellos no. Yo era como ellos. También pensaba así. Hasta que conocí la muerte interior. No es algo que pase un día. Es la evolución natural de una vida interior enferma. **Me he afeitado la barba y he rejuvenecido, ya verás. Y tampoco está mal como me queda la ropa que me dejaron...**

Corrí por la vida persiguiendo al tiempo

Y me quedé sin tiempo ni pasado

Pasando de puntillas por la vida

Buscando siempre la siguiente esquina

Encontrar a la persona equivocada le pasa a demasiada gente. Creer que es la indicada a algunos menos. Tener una familia con ella me pasó a mí. Sus gritos por todo y sus celos por nada. La ves pasar de ordenada a maniática, de tímida a insociable. Sus malditas obsesiones y sus compras compulsivas. Intentas arreglarlo. Crees que un niño te unirá más, y se instala en el centro de tu vida y de tu cama, haciendo que la distancia sea aun mayor. Después llega el segundo, mi pequeña, y los días te van tensando la vida



hasta que te vas rompiendo. Un día decides empezar de cero, sin haber entendido que empiezas de nuevo, pero no de cero, sino en negativo. Cuando me fui nos repartimos todo: ella se quedó la casa, yo la hipoteca, ella el coche, yo el préstamo personal, ella los niños, yo un régimen de visitas. Ella mi pasado, ella mi futuro. Yo sólo me llevé mi presente, y lo quise expresar. **He conocido una chica. Se llama Laura y se preocupa por mí. Es una voluntaria. Me gustaría que la conocieras. Me prometió que conseguiría que hiciera algún curso y lo cumplió. Me gusta la gente que cumple sus promesas. Hablamos de muchas cosas. Le he hablado de ti. Ya, ya sé que no es posible. Es nuestro secreto.** Ella se medicaba sus problemas comprando. Yo bebiendo. Cada día más. Los dos.

Los sentimientos son encontrados. Por un lado, te sientes liberado. Por otro, culpable. En medio de esa disyuntiva, dos bolas de preso, el recuerdo de tu hijo y tus deudas.

Y ahora me paro

Y donde estoy me encuentro

Y quiero volver, recorrer el pasado

Pero el tiempo se ríe y me enseña las canas

Y deprisa, deprisa ya casi no hay nada

Volver al mercado fue divertido. Chicas, noche, alcohol, coca. Vives una segunda juventud. Descubres que aún cotizas, que aún eres capaz de ligar una noche. Acostumbrarte a esa vida tuvo un precio demasiado alto. La noche entre semana es de cuatro. Al final conoces a todos, entras en todos los garitos, saludas a todos los camareros. Las



bromas, las risas, la fiesta es una constante. Te sientes querido y divertido. Te sientes el mejor. Las mañanas cada vez se hacen más incompatibles. Un día no vas al trabajo porque no puedes levantarte. La noche ha sido larga, y las copas y las risas han durado demasiado, y cuando suena el despertador ni te planteas qué hacer. Simplemente no vas. Envías un mensaje al jefe diciendo que no te encuentras bien, que has pasado mala noche. La historia se repite demasiadas veces. **He empezado a ver cosas que no veía. El otro día me fijé en un atardecer rojizo precioso. Di un paseo por la playa con los pies descalzos y me mojé hasta las rodillas. Me gustó ver el mar y sentirlo. Es como si estuviera despertando. También estuve observando a dos niños jugando en el parque. Corrían uno detrás del otro. No paraban de reír sin motivo, y me hicieron reír ¿Te acuerdas?** No porque seas un irresponsable, sino porque la noche te hace sentir vivo, y el resto del día no. El resto del día estás muerto. Utilizas la coca para aguantar el monótono trabajo y al inútil de tu jefe, que siempre te está observando. Eso es muy caro, pero te fían. Dicen que un día tropiezas y se te cae la vida.

Corrí por al vida persiguiendo un sueño

Una vida fácil, regalada

Y dejé que fuera el sueño quien decidiera

Como debía sentirme yo cada mañana

Eso me pasó a mí. Un día dejan de fiarte y además te exigen que les devuelvas todo lo que les debes. Tienes que desaparecer. Dejas de ir a los mismos sitios. Buscas nuevos amigos y nuevos bares. Sólo miras al presente porque el pasado duele, y el futuro no existe. Te tiran del trabajo. Tu jefe dice que ya no das el perfil. Te asustas pero sigues tu



vida. Ya saldrá el sol, te dices. El tiempo pasa demasiado deprisa cuando uno sólo bebe y duerme, y no encuentras nada, porque ni lo buscas. Se acaban el paro y las ayudas, y sigues endeudándote para seguir vivo en tu mentira. **He empezado un curso de formación para acceder a Internet. Es el que me consiguió Laura. Estoy muy contento. Me ha gustado, y no se me da mal. Dicen que soy bueno con los ordenadores.** El director del banco te llama porque ya no puede, según él, aguantar más las cuotas de los dos préstamos. Dice que desde "la central" le exigen que los ejecute. Le dices que lo refinancie, pero como no tienes ingresos te lo deniegan.

Y ahora me paro y busco siempre dentro

y en mi interior encuentro esa fuerza

lejos de los sueños no cumplidos

más cerca de lo que yo nunca pensara

Los amigos van desapareciendo. Cada vez son menos, y van cambiando. Suelen durar lo que dura la noche. Ahora son amigos de barra, que comparten monólogos contigo. Antes no bebías solo. Beber era un ritual social y siempre encontrabas a alguien que te acompañaba. Los camareros ya no te dan conversación. Cuando bebes ya no ríes y bailas, ahora te enfadas sin motivo, gritas y golpeas la barra mientras la combinación de alcohol y coca te hace creer que eres el dueño de tu vida. Las promesas y los proyectos de la noche terminan donde acaban los gin tonics que has bebido, en el váter. La vida se vuelve amarga como la tónica de tus combinados, y tus copas tienen aromas de fracaso y matices de derrota. Un día te desahucian.

Tu mujer ha rehecho su vida y los niños no quieren saber nada de ti. Sabes que están



influenciados por ella. Los esperas cada miércoles y cada viernes en fines de semana alternos, en la puerta de tu antigua casa y no bajan. Un día están enfermos, otro día tienen que estudiar...hasta que un día su madre desciende a tu infierno para decirte a la cara que no quieren verte, que es mejor para ellos que no estés en sus vidas, que no eres un buen ejemplo. Piensas que quizás tenga razón. Y los pierdes.

Y ahora observo a mis hijos cada día

y los huelo y los besó lentamente

y busco lo que dice el corazón

y comulgo conmigo a cada instante

El otro día salimos a dar una vuelta con varios compañeros del centro. Lo pasamos muy bien, fue divertido, y no bebimos nada....

Cuando lo vas perdiendo todo te vas resignando a ser un perdedor. Un día llega el deshaucio y estás solo. Poco a poco vas muriendo, hasta que un día llega tu muerte interior. Decides morir porque ya no importa nada. Ese día sólo te tienes a ti mismo, y no te gustas. Sólo puedes sobrevivir, mientras tus manos tiemblan y tu cabeza olvida. No importan las uñas, no importa el pelo, no importa la ropa. Un día te miras en el espejo y ves que ese reflejo no eres tú, eres otro, pero tampoco importa. Sólo necesitas el vino y las calles. Te fundes con ellas de tal forma que pareces invisible. Nadie te mira, nadie comenta. No existes. ***He empezado a escribir. Sabes que siempre me gustó. Escribo sobre cómo me siento y también sobre cómo me gustaría sentirme. Es una especie de catarsis. Me ayuda. Mientras escribo sobre lo que quiero voy sintiéndolo, y empiezo a vivirlo.*** Yo soy el culpable de mi situación, pero uno a veces se va dando cuenta



de que los caminos se están estrechando y piensas que ya ensancharán, que mejorará, hasta que llegas a un camino sin salida. Ahí estoy yo.

Quiero salir de este pozo en el que estoy, y ahora tengo un motivo muy poderoso. Lo voy a conseguir.

Las colas para desayunar, para comer, cada vez son mas largas. Mis días también. Pero tengo un gran secreto. Cada día observo desde lejos a mis hijos, a mi chico y mi pequeña, en el colegio. Ellos ya no me conocen. Mi barba y mi pelo blanco y sucio me han cambiado demasiado. Me he hecho viejo muy deprisa. Los miro, son felices. Ellas también se han hecho mayores. Veo cómo se divierten, y sé quiénes son sus amigos, sé lo que les gusta y lo que no. He desaparecido para la sociedad y también para ellos, pero no me importa. Es mejor así. Es mi secreto. Sé que un día volveré a por ellos. Un día dejaré de beber, dejaré de gastar lo poco que me dan. Lo iré guardando donde guardo los cartones, hasta que tenga lo suficiente para comprar ropa decente. Me quitaré estos harapos y me asearé, y hablaré con ellos. Y les diré que los quiero. Que son lo único que importa en mi vida. Un día lo haré. Mas adelante. Lo haré.

Creía que no sabíais que era yo. ¿Hace mucho que lo descubristeis? La verdad es que fue una sorpresa que vinieras a hablar conmigo. Me asusté tanto. Pensé que me echaríais a patadas de allí. En cambio, nada más verte, leí en tus ojos tu dolor, tu compasión. No estaba preparado para eso. Tú sí lo estabas. Eres más fuerte que yo. Y ahora siento tu fuerza.

Tú sabes que no estoy loco. Y gracias a ti, pequeña, y los voluntarios que me ayudan, voy a volver a ser yo. No estoy loco. Lo haré. Créeme que lo haré.



***Y me aparto de los sueños y sonrío
con la sonrisa pícara de un niño
y los engaño, como engaño al tiempo
cada vez que paro en el camino
a absorber la vida en un suspiro
robado al tiempo de mi propia vida***



Finalistas

Salvador Murillo Fernández

Ratas

El “mochuelo” es un rapaz, nocturno, de menudencias. Esa mañana no iba a dormir. Se dirigió al aseo y torciendo el cuerpo hasta lo imposible, pudo apreciar su espalda en el espejo del cuarto. Su piel, tatuada con el cristo redentor, estaba marcada de arañazos y enrojecimientos que delataban la batalla nocturna que tuvo con una gata morena de uñas afiladas. Se vistió con una camiseta ajustada, unos vaqueros desgastados y unas zapatillas de marca con muelles amortiguadores. Mientras se dirigía al salón de su pequeño apartamento, encendió un CAMEL. Luego se asomó al balcón. Desde la altura del séptimo piso oteaba, con cierta amplitud, todo el barrio marítimo.

Viejos y obsoletos edificios, de fachadas descoloridas, se apiñaban en estrechas calles que olían a orina, moho y salitre. Mas allá, cerca del puerto, antiguas naves industriales de principios del siglo veinte aún permanecían en pie recordando el pujante comercio de tiempos pretéritos. Al fondo, las grúas portuarias, algunas de ellas en plena actividad, se alzaban majestuosas. También los grandes cargueros, repletos de contenedores, aguardaban anclados su turno para descargar.

Giró la vista hacia la derecha y todo cuanto observó enfermaba su ego. Solares abandonados, sin edificar, salpicados de chabolas construidas con palés, uralitas y plásticos. Rumanos de etnia gitana que cohabitaban entre la chatarra amontonada, la ropa tendida,



las ratas como conejos y la basura acumulada que ardía con virulencia mientras los niños jugaban a su alrededor.

– ¡Escoria y mierda !. Esto es lo que hay en este país. ¡Escoria y mierda !– Exclamó , lanzando la colilla a la calle. – ¡Ahí están!. En sus países no los quieren y los envían para acá... ¡ España!, país acogedor de ratas. ¡Míralos...! Ya salen con sus bicicletas a hurgar en los contenedores con el fin de dejar la ciudad tan asquerosa como éste barrio. Lo que yo digo; aquí ni hay autoridad, ni leyes, ni hostias. Anda que no tengo yo controlados a éstos. Dentro de un rato saldrán las muchachas a pedir limosna. Mientras, las viejas y los viejos controlan el campamento y cuidan de los niños. Lo que yo digo: iratas!.

Una ligera brisa, húmeda e impregnada de sal, se levantaba sin previo aviso. El Sol, después de romper la línea del horizonte, parecía mecerse.

Antes de salir ingirió de un solo sorbo un chupito de tequila y encendió otro cigarrillo. En la calle se puso gafas oscuras para disimular sus ojos enrojecidos y anduvo por los enrevesados callejones hollando las mugrientas y pegajosas aceras. Al rato se topó con una vieja y destartalada furgoneta que ocupaba completamente la estrecha vía. En el interior del vehículo se apiñaban unos jóvenes subsaharianos de semblante triste y de mirada perdida. Muchachos que durante la noche dormían en una casa de aspecto ruinoso. Dos hombres, rudos y desaliñados, cerraron la vivienda con llave y subieron a la furgoneta prestos para conducir. Cuando se percataron de su presencia le saludaron sin decir palabra.

– ¿Hoy que toca?.– Le picaba la curiosidad



– *Recogida de patatas.*– Respondió uno de ellos, con desdén y prisa. Una vez que se alejaban, el muchacho exclamó fuerte y claro, como si quisiera que todo el mundo le oyera a pesar de que la calle estaba desierta y nadie habitaba en ella.

– *iMe cago en la leche! Hay que joderse... ¡Es que se me agría la sangre!. ¿Cómo no va haber paro en el país si cogen negros que vienen en las pateras? No sabe nada el Pepón. Les da cuatro perras, ¡cuatro perras gordas!, y a recoger todo el día. El dice que todo está dentro de la legalidad y yo digo... ¡ qué una mierda! .-* Prosiguió su camino cruzando un parque que le ahorra tiempo; deteniéndose, pocos minutos después, delante de un decrepito caserón. Llamó tres veces con pausas breves. Le abrió la puerta un individuo de mediana edad vestido con un traje príncipe de gales, cubierto de cadenas que relucían y de una sortija de oro, con un pedrusco rojo, que encandilaba. Cerró la vieja puerta de madera y la contrapuerta chapada con láminas de acero inoxidable. Se estrecharon las manos y luego, cogiéndole de los hombros, le espetó:

– *¿ Qué paso anoche, "mochuelo"?*–

– *iJoder!, como corren las noticias. Lo sabe usted mejor que yo, tío Manuel.*

– *iJa,ja,ja!. Es que me parto. Cuando lo contaron no me lo podía creer. Que la Juana te llene de arañazos, eso es normal. La muchacha se "regusta" enseguida y pierde el "sentío" Ahora...¡ no me puedo creer que mi sobrino te desplumara en la timba! Hay que joderse.*–

– *Bueno, ya está bien... fue la suerte del "atontao".Vamos a la faena que hoy tengo prisa.*–



– *iEh...eh...! quieto "parao", payo. Este trabajo es distinto a los habituales. Aquí no vas a pasar papelinas, ¿entendido?.*–

El joven asintió.

– *Bien, chaval, así me gusta.*–

Cruzaron un amplio salón. En él se mezclaban reproducciones perfectas de Sorolla colgadas en paredes estucadas azul cielo con estanterías de escayola donde reposaban figuras de plástico y yeso. También muebles neoclásicos, que se apoyaban en un suelo de gres blanco roto, tapizado con alfombras orientales anudadas a mano. Llegaron hasta una cocina, revestida con una encimera de mármol negro y equipada con electrodomésticos de acero inoxidable. Abrieron una puerta de idéntica aleación y se introdujeron en un garaje alicatado hasta el techo. Un flamante BMW serie 3 berlina con cristales humeados y una motocicleta Honda CBR.600 ocupaban todo el espacio. Todo salvo un hueco en la pared del fondo, donde un armario de resina gris, tapaba una puerta corredera. Retiraron el armario y abrieron la corredera. Una luz muy tenue iluminaba un cuarto de aseo con suelo enmoquetado. En su interior, tumbadas y abrazadas, dos muchachas de pelo de esparto oscurecido y piel mediterránea reposaban adormecidas.

– *¿Desde cuando están aquí?*–

– *Las trajeron anoche... les he puesto ketamina en el agua.*– Se acercó a una de las muchachas y la cogió en brazos. Luego añadió.– *Tenemos, una hora, antes de que despierten. ¡Agarra a la otra !.*– El joven obedeció.

– *Joder, tío Manuel , son ...*–



– *iNiñas ! ya lo sé... aquí ganamos todos. Ellas también. Ya te dije que nada de preguntas. Tú a lo tuyo, "mochuelo", y sin mentar nada. ¡Ah!... y ya no preguntes más, icoño!*– Volvió a repetirle con cierta vehemencia.

No hubo más preguntas y el silencio se interpuso entre los dos hombres. Acomodaron a las muchachas sujetándolas con los cinturones e iniciaron el viaje. Se alejaron del barrio bordeando el puerto. Al rato enlazaron con la autovía. La densidad circulatoria aletargaba el camino. De repente, y sin previo aviso, un vehículo cruzó al otro carril, pero el muchacho, con habilidad, evitó la colisión.

Manuel se alteró.

– *iSolo faltaba que no la pegáramos!. Ve tranquilo, chaval, que no quiero civiles preguntando.*–

– *Ha sido el capullo ese*–

Prosiguieron el camino sin más contratiempos.

Treinta minutos después del incidente, el BMW frenó. La barrera de una lujosa urbanización se interponía en su camino. Cuando el portero verificó el lugar donde estaban citados les permitió el paso. Esplendidas viviendas, protegidas con hierro forjado y cubiertas de frondosos setos, se alineaban en una interminable y empinada cuesta.

Una vez llegaron al final de la loma, se detuvieron frente a un portalón pintado de blanco. Mientras esperaban observaron, sin darle importancia y desde esa privilegiada atalaya, la impresionante y bulliciosa ciudad bañada por la quietud del mar. Las puertas se abrieron automáticamente y el vehículo avanzó varios metros . Volvió a detenerse.



Esta vez frente a una fastuosa vivienda de tres alturas, tejado de pizarra y grandes ventanales. Bajaron las ventanillas y el olor de los setos de albahaca impregnó el interior del vehículo. De repente, la chiquilla mas joven, despertó de la anestesia.

– *Ajutor...ajutor...ajutor...*– *Balbuceaba con semblante apenado y ojos llorosos.*

– *iMe cago en la leche!. Ya se ha despertado...¿Qué dice?*– Dijo, Manuel, girando la vista atrás, mientras la muchacha proseguía con frases ininteligibles y gimoteo conmovedor.

– *No sé. Parece rumano.*– Dijo, mientras la miraba disimulando su aflicción.

En ese preciso instante apareció, por la parte posterior de la casa, un individuo vestido con pantalón de peto; de aspecto corpulento, mandíbula cuadrada y nariz prominente. Manuel se apeó del vehículo y, abriendo las puertas trasera, aupó sobre sus brazos a la chiquilla que pedía ayuda. El hombre robusto hizo lo mismo con la otra joven.

Ambos desaparecieron tras la mansión.

Una hora larga aguardó el muchacho en el interior del vehículo. Se entretuvo introduciéndose en la nariz dos rayas de coca y en sus oídos una larga sesión de reggaetón. También llamó a la Juana por si quería marcha nocturna. Ésta le dijo que nones y que “ la próxima vez le curras a tu madre, pringao”.

Se disponía a llamar a la polaca, una “choni” de su barrio, cuando se presentó su jefe.

– *Ya te has metio la farlopa. Anda que te cortas. Venga, arrímate a un lado que con-duzco, yo.*– Le dijo, cuando observó restos de polvo blanco en el salpicadero.



– *Si que ha tardado usted. ¿Le han pagado?.*–

– *Pues claro. Estos son gente seria.*–

Puso el vehículo en marcha y, mientras esperaban que les abrieran el portalón, prosiguió con la conversación.– Te voy a dejar en la boca del metro, y te buscas la vida. Yo tengo cosas que hacer. ¡Ah! Y no te preocupes por la pasta ésta noche te doy tu parte.–

No hubo respuesta por parte del muchacho. Abrió la ventanilla, se encendió un cigarrillo y pensó en lo fácil que resultaba ganar dinero. Que había sido coser y cantar. Mucho mejor que andar todas las noches vendiendo éxtasis, nieve o chocolate. Pensó que hacer de intermediario, en la compraventa de niñas, era menos arriesgado y más rentable. También maldijo al cabrón de Manuel que aún no le había pagado y, además, le iba a dejar tirado cuando más prisa tenía. Luego ya no pensó.

Manuel le dejó en la ronda cerca de la estación del metro.

El Sol abrasador de mediodía y el sinfín de vehículos que circulaban por la avenida derretían el asfalto emanando un profundo olor a petróleo y a monóxido de carbono. El centro de la ciudad bullía en hora punta. El semáforo estaba en rojo pero le daba igual. Tenía prisa. Segundos más tarde, su figura, fue camuflándose en los subterráneos. En el preciso momento que alcanzó el final de las escaleras, el tren de la línea cinco partía de la estación. El mosqueo que le produjo la pérdida fue de órdago. Descargó toda su rabia propinándole una patada a la papelera. No hubo nadie en el andén que se lo recriminara ni guardia de seguridad que le detuviera. Acomodó sus posaderas en un banco de metal pintado de azul mientras avistaba, con el raballo del ojo, el panel informativo. Diez minutos de espera hasta el próximo tren. Buscó el móvil y, cuando se disponía a usarlo,



una chiquilla ataviada con falda hasta los tobillos, un pañuelo que le ocultaba el cabello y unos ojos grandes pero apagados, se le acercó. Tímida, cautelosa y con la mano extendida, le pidió limosna.

– Po favore, señor...ajutor... ajutor.–

– ¿Será posible? Lo que me faltaba. ¡Que te abras pordiosera! ¿Es que no te enteras, pringá? ¡He dicho que te abras!.–

La muchacha se alejó asustada y sin entender nada.

– Hay que joderse... están en todas partes en los contenedores, en el mercadona y ahora en el metro. ¡Putas escoria ! Los negros por lo menos trabajan pero éstos...i me cago en la leche que han mamao! Estos cabrones cada vez las traen más jóvenes. Una mano me corto si esta niña no viene de las chabolas que hay enfrente de mi casa...i joder!..ijoder!...ijoder!...–

Los nervios afloraron repentinamente, y fue paseando, ofuscado, de una parte a otra del andén. Algo distinguió entre las vías que le detuvo. Se dirigió, cruzando la línea amarilla de seguridad hasta el borde del foso. Fijó sus ojos, con atención, entre los raíles y allí estaba. Era una rata negra e inmensa. Él la miró, fijamente, sin parpadear. El animal hizo lo propio. Ambos mantuvieron sus miradas hasta que el sonido del tren rompió el magnetismo.



Finalistas

Wilma Beatriz Melenik

Barrio esperanza / Los del Progreso

— Recuerdo bien el día que llegamos al barrio, parece que fue ayer —comentaba Roberto cada vez que íbamos a visitarlo. Tenía alrededor de sesenta años, menudo, casi calvo. La pérdida de la vista en un ojo, y la escasa visión en el otro, no le dejaban ver a más de un metro de distancia. Mayormente reconocía a la gente por su olor, o por lo menos es lo que decía.

— Yo tendría unos siete u ocho años; era un chaval inquieto, lleno de vida... no esto en lo que me he convertido —decía, mientras se secaba las lágrimas que, por voluntad propia, corrían por su mejilla sin que él pudiera controlarlas.

— No diga eso, tío, que usted está muy bien para su edad, ya muchos querrían tener ese porte de Quijote andante, ágil como una gacela, ligero como el viento. A usted, no le ganan ni por asomo esos jóvenes que viven haciendo dieta para estar magros —solía decirle y él estallaba en una sonora carcajada.

— Ah, qué tiempos aquellos. Vinimos aquí llenos de esperanzas. Mi padre había conseguido un trabajo en la nueva instalación de molienda de oleaginosas. Tenía el cargo de director jefe en la división de semillas, ese puesto no lo conseguía cualquiera y él, que era un gran conocedor experimentado en temas de cultivos, cosecha y almacenamiento



de semillas, tenía todas las de ganar. En principio éramos sólo diez familias en la zona; según la fábrica fue creciendo, los dueños, muy buenas personas, fueron contratando más empleados. Poco a poco esto fue llenándose de gente, niños corriendo por las calles. Los fines de semana, mi padre, que se había comprado una camioneta Ford, de segunda mano, claro, tampoco estábamos para derrochar tanto dinero. Ya más adelante compraría otro, solía decir. El caso es que los fines de semana, recogía a todos los chavales de la zona y nos llevaba al río; no sé cómo se las ingeniaba, pero todos lo respetaban. Incluso yo, que no era muy de obedecer —nuevamente se secaba las lágrimas.

»Fueron tiempos aquellos —suspiraba— cuando cumplí los 19 años, ya había comenzado a trabajar en la recolección de olivos. Tu padre, Ernesto, que entonces tenía 16, daba la lata al nuestro para que lo dejara ir al campo, todo eso con tal de no estudiar, pero el viejo era listo, y antes de que Ernesto empezara a plantearle nuevamente el tema, lo mandaba zumbando a la escuela. ¡Ja, ja, ja! Que crío más cabezota.

»El poblado fue creciendo, dividiéndose en pequeños barrios. A este le llamamos Esperanza. Aquí reinaba la paz; alguna que otra vez se oían disturbios, pero inmediatamente alguien llamaba a la policía y volvía la calma. Era todo un acontecimiento cuando venían las fuerzas del orden, el barrio entero salía a ver qué sucedía, luego eso era tema de conversación entre las féminas, y por qué no, también entre caballeros. Si a alguien se le moría un pariente, íbamos todos a darle el pesame a la familia, para así de paso probar los manjares que en vida le gustara al difunto. Era un lujo, ya que se esmeraban en preparar los más exquisitos platos... a saber si en realidad el muerto conocía siquiera alguno de ellos —volvía a reírse.



»Hasta que un día llegaron los grandes empresarios, los peces gordos, como decía padre, acompañados por un par de políticos de dulce hablar, ofreciendo progreso, más del que ya teníamos. Salud, beneficios por doquier —aquí se le quebraba la voz.

»Intentaron comprar la planta y, como el jefe se negó, se inventaron unas irregularidades sin pies ni cabeza. Amenazaron con quemar la fábrica, encarcelar al dueño y a todos los empleados, hasta que este no pudo más y tuvo que "venderles" la empresa para "pagar" semejante estafa fiscal. Allí comenzó nuestra ruina. Familias enteras perdieron su trabajo. Cerraron la planta, convirtiéndola en depósito de chatarra. Vinieron con sus grandes maquinarias. Construyeron naves y más naves, edificios aquí y allá, nos aislaron prácticamente de todos, cerraron caminos, derribaron nuestras escuelas. Los obreros fuimos hasta la capital a manifestarnos; buscamos un abogado, el mejor. Este nos prometió una solución a corto plazo. Vendimos todo lo que teníamos, hasta la camioneta. El pueblo se endeudó, ya que nuestro letrado era bueno, pero ellos, los del progreso, eran muchos y habría que luchar con todos los medios posibles. Tres años duró el litigio, hasta que un día, un periódico capitalino sacó en portada a nuestro defensor brindando con los grandes, sellando así, un acuerdo de fin del conflicto. El único beneficiario fue ese desgraciado. Se vendió a los peces gordos —nuevamente se secaba las lágrimas, estas sí salían del corazón, no del ojo que tenía mal.

»Padre fue a pedirle explicación y lo único que consiguió es que lo echaran a la calle como si de un perro sarnoso se tratase. Pobre hombre, volvió a casa destrozado.... Ya nunca fue el mismo.

Vuestra abuela, que en vida fue una mujer muy fuerte, intentaba animarlo. Algunos vecinos se dieron por vencidos y decidieron marcharse. Los pocos que quedamos interpu-



simos otra demanda, ahora también contra el “vende- pobres” del abogaducho ese. El muy sinvergüenza huyó del país llevándose todo. El barrio comenzó a albergar a gente de todo tipo. Ahora, cuando suenan las sirenas, no corremos detrás de los policías o bomberos, sino que nos encerramos en casa, no vaya ser que una bala perdida acabe alojada en nuestras cabezas, como de hecho nos pasó a muchos. Treinta años de lucha constante llevaron a tu abuelo hasta la tumba, con una promesa: no dejar que Barrio Esperanza perdiera su nombre, que ya es lo único que quedaba de él...

Aquí, solía quedarse mirando a lo lejos, suspendido en el tiempo, como quien ansía la llegada de alguien o de algo.

— Tío Roberto, ¿quiere que le acerque el bastón? — le preguntaba, a lo que él respondía: — ¿A que sería triste perder la Esperanza?

— Sí, tío — le respondía yo, de pie mientras desde la ventana de la residencia miraba el estadio deportivo que iban construyendo los del progreso, justo donde el abuelo solía aparcar la camioneta.



Finalistas

Yolanda Villoria Martín

Historia de un mendigo

No le dio importancia cuando perdió su empleo. Un técnico bien cualificado como yo – pensó– puede encontrar trabajo en cualquier empresa.

En aquel momento su mujer era lo prioritario, detener el cáncer que la devoraba. Y sus ahorros se fueron se fueron agotando, tratamientos, viajes al extranjero, curanderos, sanadores... no hubo piedra sin mover.

El día que su esposa murió no tuvo nadie a quien acudir, sin familia, perdidas las amistades a medida que avanzaba la enfermedad. Fue haciendo frente a los pagos de la hipoteca, exprimiendo tarjetas, sin conseguir empleo.

Y es que siempre estaba demasiado cualificado o buscaban personas mas jóvenes.

Llegó el embargo, porque hay que comer o pagar, y se encontró en la calle, con una maleta. Sin familia, amigos o dinero.

Estaba sentado en un banco, pocos días después, cuando escuchó la primera proposición:

– ¿Me vende un poco de Fé?



Levantó la vista asombrado y, frente a él, un cura, con sotana incluida, le miraba con ansiedad y un billete en la mano.

– Usted ya no la necesita, no hay mas que verle... – volvió a hablar el sacerdote– sin embargo, para mí, es imprescindible ¿que haría yo sin ella?

– ¿Cuanta quiere? – le respondió

– Démela toda, así no tendré que volver a verle, estas transacciones me resultan desagradables ¿sabe usted?

El intercambio fue rápido y, con un poco de efectivo, pudo permitirse comer caliente y algunas noches de pensión.

Convertido entonces en un hombre sin fé fue él mismo quien, días después, se acercó a una anciana.

– Le vendo mi esperanza – susurró– es de la mejor calidad.

Ella le observó con escepticismo:

– ¿Para que la quiero, que puedo esperar yo de la vida?

– ¿Vé? Por eso la necesita, compre usted una poca, a mí me sobra y me haría un gran favor.

– Está bien– respondió la anciana– pero me la vende toda, así no tendré que volver a hablarle.



No fue mucho mas tarde, agotado ya el dinero y sin fé ni esperanza, cuando escuchó la voz de un joven mirándole con aprensión:

– ¿Tiene usted amor?

– Lo tuve, fue inmenso mientras duró...

– Está bien, no tengo tiempo para escuchar su historia, puedo pagarle bien el que le quede.

No fueron malos días los siguientes, pero el dinero se volvió a terminar. Y ya sin Fé, amor ni esperanza, solo pensaba en sobrevivir.

Fue por eso y solamente por eso, que le vendió su conciencia a un rico empresario que le engaño, dándole menos de su valor.

Una vez hecha la transacción que le importaba ya conservar el resto.

Fue deshaciéndose de la vergüenza, que vendió por poco a unos colegiales; puso en liquidación la confianza, que se quedó un hombre celoso; casi regaló el cariño a un par de amigos que lo habían perdido.

Ya carecía de valor, que le robaron de una paliza, y el temor, que pensó nunca podría vender, se lo quedó un tal Juan sin miedo.

Sin todo aquello, que un día le había hecho ser persona, acabó por ceder su nombre a una mujer embarazada. Para mi niño – le había dicho ella– ¿que sería de él sin un nombre?



Pero el dinero siempre se agota y él volvía a estar expuesto. A las miradas de asco y miedo, los insultos, agresiones.

Aunque era peor que le echasen de los portales donde dormía, porque algunas sensaciones, como el frío o el calor, nadie las quería.

La solución llegó una mañana, en forma de individuo pequeño, tan poca cosa que apenas se le veía.

– Eeeeehhh – le gritó el hombrecillo– estoy aquí. Escuche, quiero comprarle la presencia, aunque... no puedo pagarle mucho, de todas formas tampoco es que la suya sea gran cosa.

El mendigo se hubiera puesto contento, de no haber vendido ya su alegría.

– Me conformo con lo que pueda darme– respondió.

Y así, tan rápido que apenas pudo darse cuenta, dejó de ser visible para el mundo. No pudo, pese a ello, pasarle inadvertido a la enfermedad. Entre fiebres y toses le encontró la parca, que todo lo ve.

Y en silencio, dejó un espacio vacío en un portal cualquiera.



Finalistas

Jesús Zaplana García

El guardián de sonrisas

Seis de la mañana

No hay estrellas en el cielo de Madrid: todo está oscuro. Ya me lo había avisado Didí, en las interminables horas de peregrinación compartidas, sumando países al cuentakilómetros de nuestras desgastadas sandalias, escapando por los pelos de la sed, distra-yendo a duras penas el hambre, ganando por milésimas la carrera al miedo. Y finalmente, velando ilusiones en el descampado desde donde preparamos el asalto a la alambrada de Melilla. Didí siempre me decía: "baja de la nube, Chris. Europa no es para tanto. Grandes ciudades, lujosos coches, mujeres elegantes. Pero, más allá de todo eso, el humo de las fábricas y esas horribles nubes – que nunca se disipan– engullen de día el sol, y la noche se torna oscura como las fauces de un león insaciable". Yo escuchaba con atención, absorbía cada detalle que conmigo compartía. Didí era mis ojos, mi guía. Había estado en Europa: su primera aventura en la tierra de los sueños había sido fugaz, con varias escalas intermedias y un descorazonador punto final en París. Allí, un golpe de mala suerte, el humillante interrogatorio de los de Inmigración, un sello estampado en un papel por gentes sin corazón, y listo. El martirizador vaivén del avión, los incesantes zar-pazos de amargura, el fracaso inconsolable. Vuelta a la casilla de salida. De nuevo en Malí.



Nada, ni una sola estrella. Didí no lo hubiera soportado: estaba enfermo de añoranza, enamorado del brillo nocturno de los cielos africanos, cosidos con puntadas finas llenas de luz. Pero yo no voy a ser como Didí. Yo escribiré mi propio destino y no pienso volver a mi país. Mi madre siempre me lo decía: "Christopher, sonríe, hijo. Tienes un don. No dejes de buscar un motivo por el que sonreír." Mi madre era una mujer sabia, de palabras sencillas que encerraban grandes enseñanzas. Y yo, para honrar su memoria, siempre he seguido sus consejos. Así que sonrío por la mañana, a la muchacha que nos sirve el vaso de leche con galletas, en el comedor social de Vallecas. Sonrío los viernes a Yusuf, el del locutorio, cuando envío a mis hermanos las monedas que he conseguido ahorrar durante la semana. Mi sonrisa es también un homenaje a Didí, cuyas esperanzas se quedaron demasiado pronto en el camino, en esta ocasión prendidas de una espantosa alambrada melillense que destrozó sus brazos y redujo a jirones sus sueños. Sonrío, en la puerta del supermercado de este barrio madrileño, a Alicia y Encarna, las cajeras, a los chicos del almacén que me ofrecen una manzana a escondidas, a los abuelitos que me dan conversación, a los niños que miran con curiosidad el color de mi piel o mis fuertes y blancos dientes. Y sonrío, sobre todo, por Laila.

No hay estrellas en el cielo de Madrid. Es una noche negra infinita, pero nunca será para mí un espectáculo triste. Porque negra es la mirada de Laila (ya estoy otra vez sonriendo: Laila siempre roba mis mejores sonrisas). En mi mente suena su cantarina voz de jilguero; mis manos guardan el recuerdo de su sedosa piel de chocolate, y siempre, siempre, encienden mi corazón sus preciosos ojos negros. Pasaba horas absorto, anónimo, perdido en la inmensidad de esos ojos, que ni tan siquiera este inabarcable cielo español alcanza. De repente, ya no estoy solo; Laila me contempla, me cuida, me envuelve desde arriba. Ella es mi luz, es mi norte y el sur, la única mujer que en mi corazón



habita. Un día no muy lejano, *inshallah*, se reunirá, aquí en Europa, conmigo. Rezo cada minuto para que ese día me alcance pronto. Acariciando estos pensamientos, es fácil honrar a mi madre y seguir sonriendo.

Ocho y media de la mañana

“¡Hola amigo!, ¿cómo estás? ¿Qué tal tu familia, todos bien?”. Las palabras resuenan en mi interior, son un suave oleaje que mece los resortes de mi memoria; resultan embriagadoras y a la vez sacuden y hacen trastabillar mis esquemas interiores. No es la primera vez que me ha dedicado estas frases que, sin embargo, cada vez calan en mí más profundo. No sé, acerca de él –y me avergüenza admitirlo– su nacionalidad, ni su filiación o credo, ni tan siquiera su edad. Por no saber, incluso su nombre desconozco: así de eficaz es la coraza de indiferencia que nuestra sociedad *civilizada* ha ido tejiendo, de forma metódica y calculada, hasta enmarañar mi corazón.

Podría ser uno más, uno de tantos: podría, a simple vista, confundirse con esas impredecibles tribus de nómadas urbanos, vertiginosos magos que despliegan, en fracciones de segundo, sus sábanas preñadas de cedés prohibidos, de películas aún en cartelera o el último grito en videojuegos; o como quienes, eternos esclavos del pavor – con esa mirada de cervatillo inquieto y asustado que escruta el entorno– venden imitaciones de exclusivos jerséis y bolsos, recostados en las paredes o bien vigilantes en las esquinas, a pie de calle, a la salida del metro. Podría ser uno de ellos, pero no lo es: posee una luz interior cuyo brillo asoma por su esplendorosa sonrisa. Una sonrisa sincera, franca, permanentemente instalada en su faz, cual si esculpida con esmero y nacida de experta mano, cincelada por un maestro artesano, armónica con el conjunto de sus facciones, equilibrada y radiante.



Retorno al prosaico segundo que me ocupa: el trabajo me espera. Prendo el macuto y el viejo sombrero marrón y salgo, mudo y pensativo, al exterior. Me recibe la débil luz de la mañana, con un sol dubitativo, quizá por el momento indolente. El exiguo carril para automóviles contempla, receloso, los bolardos que tachonan sus lindes, las fachadas desiguales de los edificios, las aceras irregulares, el abigarrado arcoíris de rótulos comerciales: se trata de Pedro Laborde, una calle impredecible, camaleónica, elástica y desconcertante que aún dormita, guardando fuerzas para el frenesí comercial en ciernes, presto a desatarse. En el ínterin, una suave fragancia, quizá a geranios, se solaza con la frescura del pavimento recién regado y con las dulces seducciones que aventura una cercana tahona. Un barrio obrero, un sencillo enclave, epicentro del castizo distrito de Vallecas, que a su vez es, a mi modesto entender, el corazón solidario de Madrid, de España y del ancho mundo.

Al pasar por delante de su “oficina ambulante”, constato que el chico en cuestión no ha comparecido. Es lógico, razono: el supermercado en cuya puerta diariamente se aposta permanece aún cerrado. A la izquierda, una joven con exceso de maquillaje y enfundada en un vestido deliberadamente ceñido brega con el cierre de una novedosa y llamante casa de apuestas. A la derecha del súper –que aún reposa, como decía, silente y huérfano de inquilinos– un desordenado batallón de abuelitos se apelotona frente a la puerta de una sucursal bancaria. Es viernes, último de mes, y una tenaza de angustia estrangula sus empañadas miradas, con la secreta esperanza de que Míster Euro se haya dignado, por una maldita vez, a visitar sus cartillas a tiempo, para así mitigar sus apuros y sofocar, siquiera momentáneamente, sus perentorias miserias. En el acristalado escaparate de la entidad se alinean, impecables y ordenados, sendos carteles invitando a invertir en bonos y preferentes, junto a oportunidades únicas para hipotecarse en



minúsculas ratoneras, con el arduo desafío de convertirlas – a lo largo de los siguientes cuarenta años de religiosas y cómodas mensualidades– en acogedores hogares.

Tomo el metro, camino del centro: allí me aguardan tareas, decisiones, responsabilidades. Pero él –me maldigo mil y una veces por desconocer su nombre– ha acampado en mi retina, con sus raídas deportivas blancas y la gorra multicolor de visera recta; alto, enjuto, con su atezada piel, los ojos vivos, su melosa dicción francófona y el sempiterno dibujo en unos labios que a duras penas contienen el tropel de dientes blancos y fuertes. Repartiendo sonrisas indiscriminadas, contagiando felicidades efímeras, mejorando, en suma, el día de quienes con él nos cruzamos.

Nueve de la noche

Fin de una dilatada jornada laboral. Hora de aparcar, por unas horas, gestiones, pedidos y preocupaciones. Las escaleras del metro me arrojan a la superficie, estoy de nuevo en Vallecas, enfilando la esquina que muere en Pedro Laborde. El *Guardián de sonrisas* – así lo he bautizado provisionalmente, hasta que averigüe su nombre; no puedo estar continuamente refiriéndome de forma tan vaga a su persona– se ha colado en mis pensamientos durante el día: ha sido una irrupción sedosa, sutil, pero también firme e insoslayable. Me han asaltado, por turnos, la curiosidad y la zozobra: ¿Cuál será la historia de este muchacho? ¿Qué muescas y heridas arrastrará su corazón? ¿Qué precio, material y emocional, habrá pagado para comprar su billete con destino al idílico norte, a esta Vieja Europa donde los sueños siempre se cumplen? ¿Pasará hambre, le azotará la sed, le torturará el frío? ¿Logrará, al menos, dormir bajo techo? Y, unos escalones más abajo, llamando a las puertas del infierno, nuevas preguntas, de incómoda respuesta, esta vez



dirigidas a mí mismo: ¿En qué momento decidí desenchufar el interruptor de la sensibilidad y la consideración hacia mi prójimo? ¿Cómo puedo ser tan inhumano? ¿Qué más desgracias deben confluír a mi alrededor para que despierte de una vez y ponga en marcha mis aletargados sentidos? ¿En qué clase de monstruo me he convertido?

Sigo avanzando por la calle: ya casi estoy a su altura. Constató que Pedro Laborde ha mutado su piel, y que la escena matutina se ha invertido: en la sucursal bancaria, ahora desierta – ¿habrán obtenido los abuelitos la merecida recompensa de su pensión mensual?– alguien ha colocado, por la parte exterior de la luna, un cartel casero que invita a boicotear al gobierno, a los bancos y a dinamitar los cimientos del capitalismo. Al otro lado del súper, en cambio, la casa de apuestas bulle de actividad, en un incesante trasiego de jóvenes ociosos, hastiados y encanallados que, a falta de otros productivos quehaceres, dilapidan las horas calibrando resultados deportivos mientras consumen sus pitillos y escanean, de forma inelegante y descarada, a las audaces chicas que osan pasar a su lado.

Y allí, en la puerta del súper, de pie en su invisible e invariable garita, se alza, por fin, el Guardián de sonrisas, conversando con una anciana – de cuya apariencia se deduce que está casi tan necesitada como él– que rebusca afanosamente en su vestido de tela y finalmente le tiende unas monedas. El Guardián deposita, cual ala de mariposa, su mano en el hombro de aquélla, a la vez que consulta su diccionario bilingüe de bolsillo –todos los días descifra nuevas palabras en sus ratos sueltos– y ensaya una de las frases recién aprendidas, para culminar la acción con una de sus deslumbrantes sonrisas.

Mis pasos recortan la distancia que me separa del *Guardián de sonrisas*. Me ve venir, tranquilo y afable como él es y, también como siempre, me tiende la mano y aventura,



con suave cadencia francófona, convirtiendo en agudas las palabras, su ya clásico “¡Hola amigo!, ¿cómo estás? ¿Qué tal tu familia, todos bien?”, que me roba una instantánea sonrisa. Este hombre es como un rayo de sol que la piel acaricia: cercano, cálido, agradable. Y aún me da tiempo a pensar: gracias, mi Guardián. Por impartirme lecciones todos los días. Por enseñarme a vivir, por tu generosidad. Por revelarme que existen muchas formas de riqueza y pobreza, y que éstas no solo se miden por una moneda en el bolsillo.

Ojalá esta vieja Europa –idílica tierra de oportunidades donde a veces, solo a veces, los sueños se cumplen– no pervierta ni desdibuje tu maravillosa sonrisa, ni descubras, por las malas, que esa quimera europea, las más de las veces, oculta a un insaciable Saturno devorando a sus hijos.

Ojalá tus sueños se materialicen, y no consumas por el camino ni un ápice de tu autenticidad. No pierdas tu alegría: la necesitamos.

Andamos escasos de Guardianes de sonrisas.

Once de la noche

No hay estrellas en el cielo de Madrid: la noche es un oscuro desierto infinito que todo lo abarca. Gobierna, inquietante y poderoso, el elegante negro que me recuerda a los ojos de Laila y, hoy con más intensidad que nunca, dentro de mí brillan miles de soles. ¡Ah, qué día de emociones! Esta mañana, en el locutorio, Yusuf me ha trasladado la mejor de las noticias. ¡Laila ya está en España! La patera, que como de costumbre venía llena a reventar, arribó a una playa junto a Cartagena, en el levante español. La Guardia



Civil y la Cruz Roja aguardaban en tierra firme equipados con víveres y mantas. Laila es menor de edad, no puede ser repatriada a Malí: se queda en España. Se encuentra ahora en un lugar de acogida, no logro recordar su nombre: los nervios y la emoción me impedían seguir la narración de Yusuf. Alá es grande. Mis plegarias, por fin, han obtenido recompensa.

Me marcho, me voy. Dejaré un pedacito de mi corazón en este barrio de Madrid, de gente trabajadora, amistosa y sencilla. Echaré de menos a Alicia y Encarna, a los mozos del almacén, a Yusuf, a los ancianos y sus cálidas palabras, a los niños y sus miradas divertidas. Al chico del sombrero marrón que, por fin, derrotó su timidez y derribó sus barreras interiores, y se decidió a acercarse a charlar conmigo, esta misma tarde.

Es hora de empaquetar el fardo y poner rumbo a Cartagena. No sé cómo voy a llegar hasta allí, nunca he pisado esa ciudad, hasta esta mañana ni siquiera la había oído mencionar. Pero la incertidumbre no me asusta: ya atravesé desiertos, derroté a la sed, abaté el hambre y el miedo. Incluso escalé muros y salvé espinosas alambradas. Emplearé lo que tengo, lo que soy: esta sonrisa que mi madre, con sus sabias enseñanzas encerradas en palabras sencillas, me animaba a usar todos los días. Parece que la estoy oyendo ahora mismo, con su mirada fija y el semblante grave, diciéndome: "Christopher, sonríe, hijo. Tienes un don. No dejes de buscar un motivo por el que sonreír."

Me asomo por el ventanuco del piso, en Vallecas. Me sitúo de puntillas, en el ángulo que salva el patio interior y da acceso a un minúsculo cuadradito de cielo que los edificios me conceden. Las sombras se abaten sobre Madrid con el sigilo del leopardo, cada segundo el entorno es más oscuro y negro; no hay un resquicio de luz, y viene a visitarme el recuerdo de Didí. Espero que se encuentre bien, inshallah, que sus noches estén reple-



tas de estrellas. Yo ya no las voy a necesitar: con Laila a mi lado, con su piel de seda y chocolate rozando la mía, con su cantarina voz de jilguero acariciando mis oídos, y sobre todo con el mundo encerrado en la inmensidad de sus preciosos ojos negros, no me quedará más remedio que sonreír. Con ella seguiré siempre adelante, labrando mi destino – que ya será el de los dos– a golpe de sonrisas.

FIN

Dedicado a Christopher Murphy; quien, ajeno a mi intención y pocos días antes de escribir este relato, decidió que su destino se hallaba muy lejos de Madrid. Nunca podré trocar su alegría por mi gratitud, mi amistad y estas palabras. Solo espero que, allí donde esté, siga brillando su sonrisa.

Organiza:



EUROPEAN ANTI POVERTY NETWORK **ES**

www.eapn.es

EAPN ESPAÑA
C/ Tribulete, 18
28012 Madrid
Teléfono: +34 91 786 04 11
www.eapn.es



Colaboran:

efti

escuela de fotografía
centro de imagen

fuentetaja

talleres de escritura creativa.



filmin



HéliceViajes